

## ENSAYO BIBLIOGRÁFICO

---

PEDRO ALTAMIRANO CASTILLO\*  
DANNY MONSÁLVEZ ARANEDA\*\*

### INTELECTUALES, IDEAS, REVISTAS. LOS LARGOS AÑOS SESENTA EN LA HISTORIOGRAFÍA CHILENA RECIENTE: UNA APROXIMACIÓN DESDE LA HISTORIA INTELECTUAL<sup>1</sup>

---

#### INTRODUCCIÓN

En los últimos años asistimos a un paulatino despunte de la historia intelectual en Chile (HICH)<sup>2</sup>. El grado de desarrollo de esta área de estudios es todavía desigual en comparación con lo realizado por otras historiografías del subcontinente, como la argentina o la mexicana<sup>3</sup>. Sin embargo, de un tiempo a esta parte la situación se ha ido revirtiendo

---

\* Magíster en Historia©, Universidad de Concepción. Becario del Grupo de Investigación Ciencia, Desarrollo y Sociedad en América Latina (CIDESAL) de la Universidad de Concepción y secretario del Taller Historia Reciente (Concepción, Chile). Correo electrónico: [ped.altamiranocastillo@gmail.com](mailto:ped.altamiranocastillo@gmail.com)

\*\* Doctor en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Profesor Asociado en el Departamento de Historia, Universidad de Concepción. Integrante del Grupo de Investigación Ciencia, Desarrollo y Sociedad en América Latina (CIDESAL) de la Universidad de Concepción y coordinador del Taller Historia Reciente (Concepción, Chile). Correo electrónico: [monsalvez@gmail.com](mailto:monsalvez@gmail.com)

<sup>1</sup> Este ensayo bibliográfico se enmarca en los proyectos Fondecyt Regular n.º1190059 y VRID n.º 2021000223INV, de los cuales Danny Monsálvez es coinvestigador e investigador responsable, respectivamente; y Pedro Altamirano, personal técnico.

<sup>2</sup> Es complicado buscar sinónimos que reemplacen, guardando proporción con los alcances originales, las expresiones “historia intelectual”, “intelectual” o “intelectuales”. Una manera de evitar la excesiva reiteración de estas palabras a lo largo del presente ensayo es por medio de la sigla HICH, que en lo sucesivo utilizamos como equivalente de “historia intelectual chilena”.

<sup>3</sup> Argentina y Brasil son los únicos dos países de América Latina que cuentan con revistas especializadas en el área de la historia intelectual: *Prismas*, bajo el alero institucional de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), e *Intellèctus*, bajo el alero institucional de la Universidade do Estado do Rio de Janeiro. México cuenta con instituciones universitarias que han cobijado e impulsado esta tradición: la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), El Colegio de México (Colmex) y la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa (UAM-Cuajimalpa). A su vez, Carlos Marichal, Alexandra Pita y Aimer Granados coordinan, en la actualidad, el Seminario de Historia Intelectual de América Latina (SHIAL), en cuya página web encontramos las novedades editoriales de la historia intelectual latinoamericana: <https://shial.colmex.mx/> Para un balance de la historia intelectual en Argentina, véase Paula Bruno, “Notas sobre la historia intelectual argentina entre 1983 y la actualidad”, en *Cercles. Revista d’Història Cultural*, n.º 13, Barcelona, 2010, pp.

gracias a una serie de hechos, entre los que habría que mencionar, el aumento de la presencia de artículos deudores de la historia intelectual en las principales revistas especializadas del medio historiográfico nacional, la publicación de libros interpretativos sobre la historia de Chile, la celebración de congresos de la especialidad, jornadas y seminarios, y, tal vez lo más destacado por la promesa de expansión que supone para el propio campo, la conformación de grupos de investigación y de trabajo que explicitando sus simpatías con la historia intelectual han afrontado distintos periodos históricos, planteando nuevos modos de interrogar al pasado<sup>4</sup>. Uno de los hitos, si se quiere simbólico, que a nuestro juicio marca o tendría que marcar un antes y un después en el desarrollo de la HICH es la publicación en 2018 de una serie de libros; el tomo IV de la serie *Historia Política de Chile, 1810-2010*, coordinada por Iván Jaksic<sup>5</sup>; *Debates intelectuales* de Javier Pinedo (1947-2018), y *Estudios eidéticos* de Eduardo Devés<sup>6</sup>. Estos tres textos explicitan sus maneras de practicar la historia intelectual, al mismo tiempo que se inclinan por la convivencia de enfoques y la insistencia en el trabajo interdisciplinario<sup>7</sup>.

---

113-133, y Mariano Di Pasquale, “Apuntes en torno a la historia intelectual Argentina en el siglo XIX”, en *Historiografías: revista de historia y teoría*, n.º 4, Zaragoza, 2012, pp. 27-46. Para un balance del estado de cosas mexicano, véase Verónica Ortiz, “La historia intelectual en México y sus conexiones”, en *Varia Historia*, n.º 56, vol. 31, Belo Horizonte, 2015, pp. 401-422.

<sup>4</sup> Entre los grupos de trabajo o referentes destacamos el nucleado en torno a Ana María Stiven en la Universidad Diego Portales; el Instituto de Historia de la Universidad de Valparaíso, con Germán Albuquerque, Ivette Lozoya, Mario González y Luis Corvalán Márquez; Sol Serrano en la Universidad Católica de Santiago, en diálogo con la historia cultural y social; la constante actividad de Eduardo Devés en la Universidad de Santiago; Iván Jaksic en la Universidad Adolfo Ibáñez; o Javier Pinedo, hasta su muerte en 2018, en la Universidad de Talca. También Rafael Sagredo en distintas instituciones. Ana María Stiven, junto a Gabriel Cid y Vasco Castillo, se han especializado en el siglo XIX; en la Universidad de Valparaíso se advierte un productivo sello latinoamericanista; en la Universidad de Santiago, además del propio Eduardo Devés, habría que mencionar a Cristina Moyano. El IV Congreso de Historia Intelectual de América Latina (CHIAL), subtítulo “Historia intelectual: ideas, conceptos y comunidades”, se realizó entre el 21 y el 23 de noviembre de 2018 en Santiago de Chile, hecho simbólico de la creciente presencia de esta perspectiva en nuestro país. Este congreso es la continuación de los encuentros en Ciudad de México, Buenos Aires y Medellín y contó con la participación de algunos de los autores mencionados.

<sup>5</sup> El tomo IV de esta serie es una buena muestra de las oportunidades que la historia intelectual abre en el sentido de renovar las interpretaciones sobre el pasado, redescubriendo nuevos problemas y complejizando distintas épocas y procesos históricos. En la “Introducción”, a cargo de Susana Gazmuri, la autora se refiere en buenos términos a la convivencia de enfoques que se verifica luego de la lectura de los once capítulos que componen el libro. En vez de recortar las temáticas, Gazmuri celebra la apertura (“En consecuencia con la amplitud metodológica y de enfoque que implica el campo, los capítulos revelan gran diversidad de aproximaciones disciplinares y temática”), aun cuando pronuncia ciertos límites: “Los trabajos aquí incluidos se sitúan en el amplio campo de la historia intelectual, entendida como el estudio de las ideas, debates y conceptos políticos así como de los intelectuales”. Iván Jaksic y Susana Gazmuri (eds.), *Historia Política de Chile, 1810-2010. Tomo IV Intelectuales y pensamiento político*, Santiago, Fondo de Cultura Económica / Universidad Adolfo Ibáñez, 2018, pp. 15 y 21.

<sup>6</sup> A esto habría que sumar el reciente reconocimiento a Iván Jaksic como Premio Nacional de Historia 2020.

<sup>7</sup> Jaksic y Gazmuri (eds.), *Historia Política de Chile...*, op. cit.; Javier Pinedo, *Debates intelectuales. Estudios sobre historia de las ideas, pensamientos políticos y cultura en Chile*, Santiago, Ariadna, 2018; y Eduardo Devés y Andrés Kozel, *Estudios eidéticos. Una conversación desde el Sur sobre la vida de las ideas y la reconfiguración de un espacio disciplinar*, Santiago, Ariadna, 2018.

Todos estos hechos, creemos, permiten sostener que, en los últimos veinte años, y con mayor fuerza en los últimos diez, la HICH ha ido ganando cierta visibilidad en el medio nacional, aun cuando todavía siguen predominando los enfoques de la historia social y más recientemente de la nueva historia política, de los cuales, por cierto, la historia intelectual es deudora<sup>8</sup>. La deuda radica en al menos tres cuestiones: la materia misma de este recorte historiográfico, multívoco, requiere de otras perspectivas historiográficas e incluso disciplinares; los decisivos aportes de la historia social y la nueva historia política chilena, aportes que antes que desatenderlos la HICH tendría que considerarlos para calibrar sus propias preocupaciones; y las críticas de fondo que ambas perspectivas historiográficas han ido modulando de un tiempo a esta parte a la historia política tradicional, sobre todo en cuanto al riesgo que supondría repetir la fórmula de los grandes personajes, pero con ropajes en apariencia distintos. En suma, la historia intelectual chilena— compartiría, de acuerdo con lo dicho, la condición de “campo en construcción” en la que se encuentran otras ramas historiográficas hasta hace poco también periféricas en el ambiente nacional, como por ejemplo la historia reciente<sup>9</sup>.

Al igual que cualquier campo en construcción, su uso ha dejado vacíos importantes, obnubilando periodos, actores, localidades y procesos históricos<sup>10</sup>. Una de las cuestiones encarada de manera insuficiente es el estudio de los intelectuales en tanto que tales, la circulación de las ideas y las problemáticas de la recepción, el mundo de las revistas y el giro material, en suma, la vida cultural del arco temporal conocido como los largos años sesenta o *Global Sixties*<sup>11</sup>. La atención que los años sesenta ha despertado en la HICH es

<sup>8</sup> Incluso se ha hablado de una hegemonía de la historia social en la historiografía chilena reciente. Para un balance historiográfico con foco en la emergencia de la nueva historia política y la hegemonía de la historia social, véase José Ignacio López y Aníbal Pérez, “La revitalización de la historiografía política chilena”, en *Polis*, n.º 36, vol. 12, Santiago, 2013, pp. 453-476.

<sup>9</sup> Danny Monsálvez, “La historia reciente en Chile: un balance desde la nueva historia política”, en *Historia 396*, n.º 1, vol. 6, Valparaíso, 2011, pp. 111-139.

<sup>10</sup> Con toda seguridad es en el medio anglosajón donde se verifican mayores grados de agudeza y variedad en cuanto a la práctica de la historia intelectual. Evidencia de este saludable estado del campo, dice Stefan Collini, es la existencia de una variedad de revistas de la especialidad: *Intellectual History Review*, *Modern Intellectual History*, *History of European Ideas* y *Journal of the History of Ideas*. Véase Stefan Collini, “Escuchar a escondidas entre los arbustos. Historia intelectual y crítica literaria”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, n.º 11, Buenos Aires, 2007, pp. 165-169.

<sup>11</sup> Es amplia la discusión acerca de la periodización sobre los sesenta. Nos parece analíticamente ventajosa para la disciplina histórica la caracterización de Fredric Jameson, quien sostiene que el denominado Primer Mundo habría importado las características de los años sesenta de los movimientos emancipatorios del Tercer Mundo, tornándolos globales. En esta misma dirección, Eric Zolov habla de “los sesenta globales”; Aldo Marchesi se pregunta por el lugar del Cono Sur dentro de la globalidad sesentista, y la historiografía argentina releva al fenómeno peronista como inicio y cierre de sus largos años sesenta (1955-1976). Véase Fredric Jameson, *Periodizar los '60*, Córdoba, Alción, 1997; Eric Zolov, “Los 60 fueron globales”, en *Lento*, mayo 2018, pp. 9-19. Disponible en <https://ladiaria.com.uy/lento/articulo/2018/5/los-60-fueron-globales> [fecha de consulta: 5 de enero de 2021]; Aldo Marchesi, “Ciudades del Cono Sur como laboratorios políticos en los sesenta globales: Montevideo (1962-1968); Santiago de Chile (1969-1973); Buenos Aires (1973-1976)”, en Andrés Estefane, Carolina Olmedo y Luis Thielemann (eds.), *1988-1968: de la transición al largo '68 en Chile*, Santiago, Ariadna, 2019, pp. 209-237; Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013; Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; Silvia Sigal,

todavía escasa desde el punto de vista de las posibilidades, y, además, hasta hace poco más de una década, el periodo solo contaba con apenas unos cuantos especialistas, entre los cuales sin dudas el más destacado es Eduardo Devés<sup>12</sup>. Si bien existen los *libros* interpretativos acerca de este periodo –y que se reconocen deudores de esta perspectiva historiográfica– no pasan de unos pocos; a su vez, los *artículos* que circulan, temáticamente aislados, no alcanzan a entregar una visión de conjunto sobre la época de los sesenta, como sí ocurre para el siglo XIX<sup>13</sup>. Conocemos de manera marginal la primera mitad de la década del sesenta, del mismo modo que la actividad cultural de las ciudades de provincia. La situación esbozada es por lo menos curiosa si es que consideramos la rica dinámica de la vida cultural chilena de este periodo, al menos la de sus principales ciudades –Santiago, Valparaíso y Concepción–, además del estrecho diálogo que durante los siglos XIX y XX ha habido entre construcción de Estado e intelectuales en Chile<sup>14</sup>. En otras palabras, los intelectuales y las ideas han sido actores preponderantes en la historia de Chile, pero apenas valorizados por la historiografía nacional.

Esta ajustada bibliografía en la última década se ha ido engrosando, a tal punto de que visto en perspectiva es posible identificar empresas historiográficas y obras medulares<sup>15</sup>. Este ensayo intenta sistematizar el recorrido reciente de la historia intelectual en nuestro país. Así, su objetivo principal es caracterizar y examinar la producción historiográfica nacional reciente –la de los últimos veinte años (1998-2018)– referida a los largos años sesenta, atendiendo tres ejes interconectados: 1. Intelectuales y redes intelectuales; 2. Pensamiento y circulación de ideas y 3. El mundo de las revistas. El artículo está compuesto por dos partes o bloques. En la primera describimos el contexto

---

*Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

<sup>12</sup> Recientemente este autor publicó un interesante ensayo en el que realiza una cartografía de los “estudios eidéticos” en América Latina a partir de los grupos de trabajo institucionales. Eduardo Devés, “Los estudios de las ideas y las intelectualidades en América Latina a inicios del XXI: cartografía, trazos característicos y evaluación. Un ensayo con perspectiva personal. Primera parte: cartografía de los estudios eidéticos”, en *Revista Wirapuru*, n.º 1, Santiago, 2020, pp. 100-119. Disponible en [http://www.wirapuru.cl/images/pdf/2020/ensayo01\\_100-119.pdf](http://www.wirapuru.cl/images/pdf/2020/ensayo01_100-119.pdf) [fecha de consulta: 5 de enero de 2021].

<sup>13</sup> Algunas de las principales investigaciones de estos historiadores, que aquí dejamos de lado solo porque escapan del arco temporal trazado en este artículo, pero que sin dudas habría que tener en cuenta dentro del panorama más amplio de la HICH, son los siguientes: Ana María Stiven y Gabriel Cid, *Debates republicanos en Chile. Siglo XIX*, volumen I y II, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2012-2013; Gabriel Cid, *Pensar la revolución. Historia intelectual de la independencia chilena*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2019; y los numerosos trabajos de Sol Serrano e Iván Jaksic.

<sup>14</sup> Patricio Silva, “Intelectuales, tecnócratas y cambio social en Chile: pasado, presente y perspectivas futuras”, en *Revista Mexicana de Sociología*, n.º 54, vol. 1, México D. F., 1992, pp. 139-166.

<sup>15</sup> Distintas aristas de los años sesenta chilenos han sido tocadas por especialistas extranjeros, entre los que destacamos a Aldo Marchesi, Fernanda Beigel y Mariano Zarowsky. Véase, entre otros trabajos, Aldo Marchesi, *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del Muro*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019, en especial el capítulo 3; Mariano Zarowsky, *Del laboratorio chileno a la comunicación-mundo: un itinerario intelectual de Armand Mattelart*, Buenos Aires, Biblos, 2013, en especial el capítulo 2; Fernanda Beigel, *Autonomía y dependencia académica: universidad e investigación científica en un circuito periférico: Chile y Argentina, 1950-1980*, Buenos Aires, Biblos, 2010, y de la misma autora, *Misión Santiago. El mundo académico jesuita y los inicios de la cooperación internacional católica*, Santiago, Lom, 2011.

en el que se desarrollaron los primeros esfuerzos en cuanto al posicionamiento de la historia intelectual en Chile, además de especificar qué entenderemos por los largos años sesenta. En la segunda parte avanzamos en la caracterización y examen de los modos en que se ha practicado con relación a la década del sesenta este campo de estudios, proponiendo tres ejes vinculados.

Tres últimas aclaraciones. Primero, los criterios de la selección bibliográfica consistieron en el análisis de libros, capítulos de libros, artículos y revistas con circulación en los medios nacionales. Dejamos de lado, por tanto, las publicaciones en revistas extranjeras y en idiomas distintos al español, ya que lo que nos interesa es el posicionamiento que la historia intelectual ha tenido en los medios historiográficos nacionales; del mismo modo, se privilegió el tratamiento que la disciplina histórica ha hecho de las ideas, el pensamiento, los intelectuales y las revistas, aun cuando integramos como referencias inevitables –nota al pie– algunas investigaciones sociológicas. Segundo, en cuanto al arco temporal y lo que entendemos por historiografía reciente, esta abarcó el periodo aproximado de 1998-2018, con algunas excepciones. Si bien no son fechas cerradas, nos parece que en veinte años se ha acumulado una cantidad relevante de producción de libros y artículos de historia intelectual, y que, más allá de sus diferentes enfoques, ya viene siendo necesaria una mirada retrospectiva en torno a lo que serían sus aciertos, vacíos y desafíos. Tercero, este balance bibliográfico en torno a tres grandes ejes recoge las perspectivas que de hecho han predominado en la HICH con relación a la década del sesenta, aunque desde luego no anula otras formulaciones de la historia intelectual, como la historia de los conceptos o la historia de los lenguajes políticos<sup>16</sup>.

La apuesta que aquí levantamos, por tanto, es coincidente con las intenciones de Eduardo Devés, Javier Pinedo y los autores del tomo IV de la *Historia Política de Chile, 1810-2010*, en relación con posicionarse en favor de una práctica flexible de la historia intelectual, es decir, una práctica en la que el énfasis puede estar tanto en las ideas, en los conceptos políticos o en las intelectualidades, pero en ningún caso perdiendo de vista los contextos<sup>17</sup>. Si bien sabemos que este balance bibliográfico no es exhaustivo, nos parece una aproximación posible a la trayectoria reciente de la HICH.

<sup>16</sup> Una mirada panorámica de esta transformación en Elías Palti, “De la historia de ‘ideas’ a la historia de los ‘lenguajes políticos’. Las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano”, en *Anales Nueva Época*, n.º 7-8, Gotemburgo, 2004-2005, pp. 63-81. Disponible en [https://gupea.ub.gu.se/bitstream/2077/3275/1/anales\\_7-8\\_palti.pdf](https://gupea.ub.gu.se/bitstream/2077/3275/1/anales_7-8_palti.pdf) [fecha de consulta: 5 de enero de 2021].

<sup>17</sup> Una mirada sintética en Javier Pinedo, “Tres tendencias metodológicas en el pensamiento en Hispanoamérica: examen y propuestas”, en *Cuaderno Americanos: Nueva Época*, n.º 136, vol. 2, México D.F., 2011, pp. 117-141.

LA HISTORIA INTELLECTUAL EN CHILE  
Y LOS LARGOS AÑOS SESENTA

*Antecedentes historiográficos*

Pese a la hegemonía de la historia política tradicional en la historiografía latinoamericana y nacional durante buena parte del siglo XX, hegemonía solo interrumpida por la emergencia de la historia económica y social en la medianía del siglo, en Chile hubo un puñado de estudiosos interesados en las cuestiones del pensamiento, en las ideas y en las élites culturales<sup>18</sup>. Domingo Amunátegui, Guillermo Feliú Cruz, Ricardo Donoso, Julio Heise, Norberto Pinilla, Gabriel Sanhueza, Julio César Jobet, Luis Oyarzun, Enrique Molina, por citar las figuras más representativas, publicaron en la primera mitad del siglo XX trabajos que podrían encasillarse como textos cercanos, en mayor o menor medida, a las preocupaciones de la historia intelectual que por entonces se practicaba y que recibía la nominación de “historia de las ideas”. Se trataba de libros y artículos que buscaban dilucidar el pensamiento de determinados pensadores, escuelas de pensamiento, generaciones intelectuales, descuidando los aspectos contextuales y el análisis crítico de las fuentes, elementos que hoy, después de las saetas del giro lingüístico, son fundamentales en la historia intelectual contemporánea. Muchas de esas investigaciones, a tono con la época, revelan una concepción personalista de la historia —que se arrastraba del periodo decimonónico, con la tendencia a describir los pormenores biográficos de los grandes personajes para acceder, según parece, al conocimiento del carácter y a partir de ese carácter comprender sus acciones—, de ahí la predilección de los autores mencionados por los grandes personajes entendidos como intelectuales-ideólogos de una generación, de una escuela de pensamiento o proceso histórico: la generación del 42, la generación finisecular, y en el siguiente siglo la generación del bicentenario, la generación del 38 y la generación del 50; los pensadores del positivismo, del romanticismo y del socialismo; los precursores y los ideólogos de la independencia, de la construcción del Estado, de la cuestión social. Con todo, historiadores como Ricardo Donoso, en *Las ideas políticas en Chile*, o Julio César Jobet, en *Precursores del pensamiento social de Chile*, alcanzaron notables avances en la dirección de explicar a los intelectuales y las ideas de acuerdo con los contextos, a veces forzando en exceso —por razones ideológicas en el caso de Jobet— esta relación<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> Se trató de una historiografía ligada directamente a la política partidista, como muestra Julio Pinto, *La historiografía chilena durante el siglo XX. Cien años de propuestas y combates*, Valparaíso, América en Movimiento, 2016. El recorrido de la historiografía en el siglo XX en Carlos Aguirre Rojas, *La historiografía en el siglo XX. Historia e historiadores entre 1848 y ¿2025?*, Barcelona, Montesinos, 2004.

<sup>19</sup> Ricardo Donoso, *Las ideas políticas en Chile*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946; y Julio César Jobet, *Precursores del pensamiento social de Chile*, volumen I y II, Santiago, Universitaria, 1955.

Pero la línea de investigación abierta por Ricardo Donoso y su preocupación por el relevamiento de las ideas, en especial políticas, en los procesos históricos no encontró mayores resonancias en Chile<sup>20</sup>. El ascenso y luego la hegemonía del estructuralismo a lo largo del periodo 1950-1973, alimentada por la cada vez más notable presencia de las ciencias sociales en los espacios académicos, redundó en un giro de los investigadores hacia la historia de los “enemigos estructurales”, en desmedro, como sostiene Gabriel Salazar, de los individuos<sup>21</sup>. A lo anterior habría que agregar la predominancia en los años sesenta de la acción por sobre el pensamiento —el fenómeno del antiintelectualismo, como sostiene Claudia Gilman<sup>22</sup>—, pues el pensamiento era considerado un factor subordinado con respecto a la infraestructura<sup>23</sup>. Más tarde, la dilatada dictadura frenó el desarrollo de ciertas líneas investigativas y periodos históricos como los años sesenta, allanando terreno para el regreso de la vieja historia política, tendencia solo interrumpida con vigor en las postrimerías de 1980 y luego a lo largo de 1990 con la irrupción de la Nueva Historia Social, que por esos años cumple dos hitos fundamentales: el *Manifiesto de historiadores*, que posicionó al campo de la historia social chilena, y la publicación entre 1999 y 2002 de la notable e influyente colección de cinco tomos, la *Historia contemporánea de Chile*, a cargo de los historiadores sociales Gabriel Salazar y Julio Pinto<sup>24</sup>.

#### *La luz verde: Eduardo Devés y Javier Pinedo*

En ese paisaje nos parece que habría que situar el esfuerzo pionero y los escollos iniciales que tuvieron que sortear los investigadores chilenos de los años ochenta y noventa interesados en este campo de estudios. Al pisar los primeros años del siglo XXI, la historia de las ideas en Chile —como entonces se la denominaba— no contaba con la continuidad y el relativo posicionamiento institucional e historiográfico de países como México y Argentina, a través de instituciones como la Universidad Nacional Autónoma de México, el Colegio de México y la Universidad Nacional de Quilmes, y de personalidades de fuste como Leopoldo Zea, Oscar Terán o Arturo Andrés Roig.

Con todo, Eduardo Devés, Rafael Sagredo y Javier Pinedo fueron los encargados de dar luz verde a la historia intelectual en Chile en un contexto académico receloso de los intelectuales, el pensamiento y las ideas. En 1998 estos tres autores publicaron *El pen-*

<sup>20</sup> En 1967, sin embargo, se publicó en el país la segunda edición de *Las ideas políticas en Chile*.

<sup>21</sup> Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Santiago, Lom, 2015, p. 10.

<sup>22</sup> Claudia Gilman, “El intelectual como problema. La eclosión del antiintelectualismo latinoamericano de los sesenta y los setenta”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, n.º 3, Buenos Aires, 1999, pp. 73-94.

<sup>23</sup> Para una revisión teórica sobre el lugar de la cultura y las ideas en el marxismo, véase el capítulo 7, “Ideología y cultura: el poder de las ideas”, de Josep Picó, *Cultura y Modernidad. Seducciones y desengaños de la cultura moderna*, Madrid, Alianza, 1999, pp. 201-237

<sup>24</sup> Sergio Grez y Gabriel Salazar (comps.), *Manifiesto de historiadores*, Santiago, Lom, 1999; Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, volúmenes I-V, Santiago, Lom, 1999-2002.

*samiento chileno en el siglo XX*, un libro que, como toda antología, produce un canon por medio de la elección de determinados autores<sup>25</sup>. Dos años más tarde, Eduardo Devés publicó *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX*, un libro deudor de la historia de las ideas practicada por Leopoldo Zea pero que intenta ir más allá de él a través de lo que con los años perfilará bajo la propuesta de “estudios eidéticos”. Estos hitos de la HICH se vieron acompañados, como es sabido, de los debates que proliferaron en el ámbito político a propósito del apresamiento del dictador Augusto Pinochet en Londres. Esa coyuntura reagrupó a los historiadores del ámbito de la historia social, aunque no exclusivamente, que después de esa articulación realizaron proyectos editoriales como el de Julio Pinto y Gabriel Salazar, cuyo impacto domina, con matices, en el ambiente historiográfico incluso hasta nuestros días.

Lo importante de esta fecha y de la publicación de los sucesivos tomos de la *Historia contemporánea de Chile*, es que para la HICH esto se tradujo en un relegamiento de sus intereses –los intelectuales y las ideas, *grosso modo*–, o, mejor dicho, en una disonancia en relación con los tópicos y sobre todo a los sujetos de la historiografía chilena: el mundo popular. Las ideas y los intelectuales parecían estar en las antípodas de los asuntos de interés predominantes en la historiografía de los umbrales del siglo. Además, en un contexto internacional marcado por la supuesta muerte de los grandes relatos, de las ideologías, hubo una radical modificación del quehacer del intelectual, que en América Latina pasó del compromiso y la visibilidad pública a la desconfianza, en los noventa y dos mil, y a la emergencia de un nuevo modelo: el especialista<sup>26</sup>. Los intelectuales y las ideas, sencillamente, parecían inquietudes superficiales para el contexto historiográfico chileno. En América Latina, por su parte, 1997-1998 también es una fecha de interés ya que en Buenos Aires se publicó el primer número de la revista *Prismas*, especializada en historia intelectual, y unos años más tarde, en 1999, historiadores latinoamericanos y europeos publicaron un libro que recoge el giro lingüístico y sus impactos en la historia intelectual en un texto colectivo titulado *Nuevas perspectivas teóricas y metodológicas de la Historia Intelectual en América Latina*<sup>27</sup>. En el contexto académico argentino, la década del noventa vio la proliferación de un cúmulo de libros de conjunto

---

<sup>25</sup> Eduardo Devés, Javier Pinedo y Rafael Sagredo (comps.), *El pensamiento chileno en el siglo XX*, México, Ministerio Secretaría General de Gobierno / Instituto Panamericano de Geografía e Historia / Fondo de Cultura Económica, 1999.

<sup>26</sup> A esto se agregó la modificación de los tradicionales canales de expresión de los intelectuales: el flujo de libros, la lectura como ejercicio social y la proliferación de revistas menguó. La televisión llenó ese vacío. Una panorámica global de las transformaciones de la figura del intelectual en Enzo Traverso, *¿Qué fue de los intelectuales?*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014, y Edward Said, *Representaciones del intelectual*, México D.F., Random House Mondadori, 2009. Para una panorámica de la metamorfosis del campo cultural en Chile véase: José Joaquín Brunner, Alicia Barrios y Carlos Catalán, *Chile: transformaciones culturales y modernidad*, Santiago, FLACSO, 1989.

<sup>27</sup> El único chileno que participó de esta empresa continental que intenta actualizar la historia de las ideas es Javier Pinedo. Hugo Cancino, Susane Klengel y Nanci Leonzo (eds.), *Nuevas perspectivas teóricas y metodológicas de la Historia intelectual de América Latina*, Frankfurt am Main, Vervuert / Iberoamericana, 1999.

acerca de los largos años sesenta, trabajos que hoy constituyen referencias ineludibles para los historiadores intelectuales latinoamericanos y que tuvieron continuidad institucional en el grupo nucleado en torno a *Prismas* y la Universidad Nacional de Quilmes<sup>28</sup>.

Ahora bien, ¿qué temas y enfoques han predominado en la HICH sobre la década del sesenta? ¿Hay una HICH? ¿Qué características tiene? ¿Qué podría aportar la historia intelectual para explicar de mejor manera las complejidades de los largos años sesenta? Y, por último: ¿Qué vacíos hay y con qué hallazgos contamos? Responder a estas interrogantes plantea la tarea inicial de insertar la HICH dentro de la historicidad de su campo, que la bibliografía suele identificar, con los riesgos de reduccionismo propios de cualquier esquematismo, en tres vertientes principales: la escuela anglosajona, la escuela francesa y la escuela alemana, y que por motivos de espacio aquí solo mencionaremos sin detenernos en detalles<sup>29</sup>. Entre los historiadores chilenos de la década del noventa y los primeros años de la década siguiente, salvo excepciones, los intelectuales y las ideas, como dijimos, no fueron una zona atrayente de investigación, por ello no tendría que sorprender el hecho de que los pioneros provengan de áreas disciplinares distintas a la historia: Eduardo Devés y Carlos Ossandón de la filosofía, Bernardo Subercaseaux y Javier Pinedo de los estudios literarios y José Joaquín Brunner de la sociología<sup>30</sup>.

De estos nombres, Eduardo Devés y Javier Pinedo son las dos figuras clave del paulatino posicionamiento de la historia intelectual en Chile, ya que desde temprano han llevado a cabo un incansable esfuerzo de difusión de este campo de estudios en las universidades y en los medios académicos nacionales, el primero bajo el alero institucional de la Universidad de Santiago de Chile y el segundo desde la Universidad de Talca<sup>31</sup>. Ambos han organizado seminarios, conversatorios y congresos de la especialidad, con preferencia por las ideas y el pensamiento, pero sin dejar de lado el estudio social de los intelectuales.

<sup>28</sup> Entre otros, véase Altamirano, *Peronismo y cultura...*, *op. cit.*; Terán, *Nuestros años...*, *op. cit.*; Sigal, *Intelectuales y poder...*, *op. cit.*

<sup>29</sup> En América Latina están los balances y las observaciones teórico-metodológicas del argentino Elías Palti, uno de los mejores conocedores de la tradición anglosajona y crítico de la historia de las ideas tradicional que se seguía practicando al entrar al siglo XXI. Por su parte, el conocido libro de François Dosse, *La marcha de las ideas*, se organiza de acuerdo con la distinción de estas tres escuelas. Véase Elías Palti, "La historia intelectual latinoamericana y el malestar de nuestro tiempo", en *Anuario IEHS*, n.º 18, Buenos Aires, 2003, pp. 233-249; y François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Universitat de València, 2007.

<sup>30</sup> Como se trata de un balance propiamente historiográfico, de momento –retomaremos en el punto dos de esta primera parte– dejamos de lado la vasta obra de José Joaquín Brunner, que al igual que Eduardo Devés merecería un tratamiento propio. Brunner publicó sus investigaciones de sociología de los intelectuales bajo el alero de FLACSO.

<sup>31</sup> Hay que aclarar que en sus investigaciones Javier Pinedo intercambia las dos expresiones: historia de las ideas e historia intelectual. Eduardo Devés, en cambio, intenta ir más allá de ambas y propone la denominación de "estudios eidéticos".

*¿Dónde arrancan y terminan los años sesenta chilenos?*

El golpe militar de septiembre de 1973 –a diferencia de la proyección hasta 1980 que propone Mario Góngora en su lógica de “proyectos globales”<sup>32</sup>– nos parece que funciona, sin lugar a duda, como la fecha de clausura, en el caso chileno, de un proceso histórico signado por la efervescencia cultural y sociopolítica dentro de los marcos institucionales<sup>33</sup>. Desde luego, esto no quiere decir que el golpe haya cancelado la vida intelectual y cultural del país. Más bien, y como muestran investigaciones recientes, lo que hubo fue un desmantelamiento de la situación anterior para instalar, en una construcción no exenta de tensiones, un nuevo “sentido común” de lo intelectual y lo cultural<sup>34</sup>. Después del disciplinamiento impuesto por los militares y los civiles, el ambiente cultural chileno dio un giro rotundo<sup>35</sup>.

Ahora bien, si el golpe desactivó la efervescencia cultural y sociopolítica que maduró en los años sesenta, ¿cuándo arranca la época? ¿Qué características posee? ¿Son claras y transversales las delimitaciones? Tulio Halperin Donghi habla de “la década de las decisiones” para referirse a los años sesenta y setenta<sup>36</sup>, mientras que para Claudia Gilman, “el bloque de los sesenta/setenta [tiene] un espesor histórico propio y límites más o menos precisos”, que asocia a dos cuestiones fundamentales: “la valorización de la política y la expectativa revolucionaria”, cuya “intensidad” y grados de “concentración” fueron inéditos durante esta época<sup>37</sup>. Una mirada complementaria es la de Frederic Jameson, quien postula la hipótesis de que el origen de los sesenta estaría en los movimientos emancipatorios y descolonizadores del Tercer Mundo, escenarios desde donde el Primer Mundo habría importado el fenómeno de los sesenta<sup>38</sup>. Claudia Gilman y Frederic Jameson, entre tantos otros autores, coinciden en la significancia de la revolu-

<sup>32</sup> Sobre “la época de las planificaciones globales”, 1964-1980, véase Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago, Editorial Universitaria, 2013, pp. 280-305.

<sup>33</sup> Como expresó Herman Kruse en el IV Seminario Regional Latinoamericano de Servicio Social que se celebró en Concepción en enero de 1969: “Solamente en Chile podía efectuarse hoy día un Seminario de este tipo ya que, debido a los temas que serán analizados, habría una limitación en la libertad de expresión en los otros países”. Véase: “Asistentes sociales harán seminario internacional”, en *El Sur*, Concepción, 24 de enero de 1969, p. 8.

<sup>34</sup> Karen Donoso, *Cultura y dictadura. Censuras, proyectos e institucionalidad cultural en Chile. 1973-1989*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2019.

<sup>35</sup> Es amplia la bibliografía sobre la transformación de la cultura y los intelectuales durante la dictadura y la transición en Chile, por ejemplo, Brunner, Barrios y Catalán, *Chile: transformaciones culturales...*, op. cit.; Cristina Moyano y Mario Garcés (eds.), *ONG en dictadura. Conocimiento social, intelectuales y oposición política en el Chile de los ochenta*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2020; Marcelo Mella (comp.), *Extraños en la noche. Intelectuales y usos políticos del conocimiento durante la transición chilena*, Santiago, RIL, 2011.

<sup>36</sup> Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 2017, pp. 520-742.

<sup>37</sup> Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, pp. 36 y 38.

<sup>38</sup> Frederic Jameson, “Periodizar los 60”, en Frederic Jameson, *Periodizar los 60*, Córdoba, Alción, 1997, pp. 575-611.

ción cubana como uno de los hitos que marcó el inicio de los años sesenta, sin embargo, otros autores como Oscar Terán, a propósito de los sesenta argentinos y la emergencia de la nueva izquierda intelectual en ese país, retrasan el origen al año 1955<sup>39</sup>. Más allá de las diferencias de periodización nacionales, para los historiadores intelectuales interesados en los años sesenta la emergencia de la Revolución cubana constituye un parteaguas irrefutable, independiente del acento que se priorice y de los objetivos que se persigan, pero, al erigirlo como año cero se corren varios riesgos, entre los que destacamos dos: el sobredimensionamiento de un hecho externo en las decisiones y comportamientos políticos internos; y el ocultamiento de procesos, debates, proyectos y eventos que se llevaron a cabo antes de enero de 1959.

Una manera de enfrentar estos riesgos, sobre todo para los historiadores e historadoras intelectuales, es aproximándose a los debates y a los hechos más salientes de los años previos en Chile<sup>40</sup>. 1958, por ejemplo, fue un año marcado por la incertidumbre y la extendida creencia de que el país estaba en crisis<sup>41</sup>. En la edición de enero de 1958, *Panorama Económico* escogió el siguiente título para su portada: “1957: un balance sombrío”<sup>42</sup>. El mismo año, Aníbal Pinto publicó *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, y Jorge Ahumada, *En vez de la miseria*, ensayos que parten del supuesto común de que “graves problemas [...] afectan al país”<sup>43</sup>. La consideración de estas discusiones acerca del agotamiento del modelo de desarrollo, a nuestro juicio, permite entender el apoyo inicial y el caluroso recibimiento que concitó la Revolución cubana en los países del Tercer Mundo, entre ellos Chile, pues el ejemplo cubano mostraba nuevas vías políticas para salir de la estagnación. A su vez, otra de las discusiones tuvo que ver con la valoración de la “literatura comprometida” —y, por extensión, de los intelectuales comprometidos—, un tópico anterior a la Revolución cubana pero que esta modificó de manera sustancial<sup>44</sup>. El giro de esta discusión, favorecida por las políticas culturales de

<sup>39</sup> El libro de Óscar Terán es sugerente porque inserta de manera implícita la variable de la nacionalidad en la delimitación de periodizaciones, sin perder de vista los vínculos internacionales. Oscar Terán, *Nuestros años 60. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina (1956-1966)*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1993.

<sup>40</sup> Sobre la recurrencia de las preocupaciones de Francisco Antonio Encina en la intelectualidad chilena de los cincuenta y sesenta, véase Javier Pinedo, “El pensamiento de los ensayistas y científicos sociales en los largos años 60 en Chile (1958-1973): los herederos de Francisco Antonio Encina”, en Pinedo, *Debates intelectuales. Estudios..., op. cit.*, pp. 103-152.

<sup>41</sup> En abril de 1957 hubo manifestaciones contra el alza de los precios del transporte que fueron severamente reprimidas por el gobierno en crisis del general Carlos Ibáñez del Campo. Eugenia Palieraki sostiene que estas movilizaciones “contribuyeron a reforzar el imaginario insurreccional de la izquierda radical y la convicción de que una revolución estaba a punto de estallar en Chile”. Véase: Eugenia Palieraki, *¡La revolución ya viene! El MIR chileno en los años sesenta*, Santiago, Lom, 2014, p. 37. Sobre las manifestaciones de 1957, véase Pedro Milos, *Historia y Memoria: el 2 de abril de 1957*, Santiago, Lom, 2007.

<sup>42</sup> “1957: un balance sombrío”, en *Panorama Económico*, n.º 118, Santiago, enero 1958, portada.

<sup>43</sup> Jorge Ahumada, *En vez de la miseria*, Santiago, Editorial Del Pacífico, 1958, p. 9; y Aníbal Pinto, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, Santiago, Universitaria, 1973.

<sup>44</sup> Entrevistado por *La Crónica* en el contexto de los Encuentros de Escritores que se realizaron en Concepción y Chillán en 1958, el escritor Mario Espinosa respondió de esta manera acerca del compromiso en la literatura: “Si la literatura compromete a alguien, es sin razón. Escribir es de por sí fatigoso. Escribir en base

la Revolución cubana y más tarde por el *affaire* Padilla, realzó la importancia de los intelectuales dentro de las sociedades latinoamericanas, como se desprende, por contraste, de las entrevistas que los periódicos locales de Concepción realizaron a los escritores en los dos encuentros de 1958 y que en su libro Bradú recoge<sup>45</sup>. Como observa el escritor José Donoso en su notable *Historia personal del "boom"*, el caso Padilla habría sido el detonante de la separación de aguas de las camarillas literarias que se conformaron alrededor del *boom* latinoamericano y el discurso del compromiso del escritor<sup>46</sup>.

En suma, antes de la Revolución cubana hubo debates, eventos, procesos y proyectos colectivos que el historiador intelectual necesita considerar dentro de su periodización de los largos años sesenta. Con todo, si bien la fecha de inicio de los años sesenta chilenos está abierta a la interpretación, nos parece que el fin es claro debido al efectivo desmantelamiento cultural y sobre todo a la escisión de la política partidista, por imposibilidad fáctica, con respecto al campo cultural.

A MODO DE BALANCE BIBLIOGRÁFICO:  
TRES MIRADAS SOBRE LOS SESENTA

Para responder a las interrogantes planteadas al inicio de este apartado proponemos el siguiente balance bibliográfico con foco en tres miradas o ejes. Por cierto, a estos ejes podrían agregarse otros, como el de las autoconstrucciones generacionales de los intelectuales, las trayectorias, los lenguajes políticos, las sociabilidades intelectuales, por citar solo cuatro de las corrientes más frecuentes, que se tocan con los tres ejes que consideramos<sup>47</sup>. Las razones de nuestra clasificación responden a la amplitud que descansa en cada uno de los ejes, de modo que dentro de cada uno podríamos ubicar subtemas, como se especificará en los siguientes apartados, y desde luego podría haber un entrecruzamiento. Al mismo tiempo, nos parece que estos son los tres tópicos recurrentes que se observan al momento de relacionarse con la producción historiográfica de las últimas dos décadas (1998-2018).

---

a una ideología lo es aún más. El que hace literatura comprometida la hace porque tiene mucha energía que gastar. Si lo hace por plata, es más vigoroso todavía. Si lo hace porque así lo siente o piensa, es tonto. No veo ninguna dificultad en la creación de literatura comprometida, aunque su valor, en un momento dado, puede ser dudoso". En el mismo encuentro en Concepción e interrogado por la literatura comprometida, Herbert Muller respondió: "Considero que la literatura comprometida no es literatura. Llamémosle panfleto, afiche, propaganda, cualquier cosa menos literatura. Pero sí estimo que todo artista tiene un compromiso: dejar constancia de su libre y particular visión de las cosas". Citado por Fabienne Bradú, *Cambiamos la aldea. Los Encuentros de Concepción, 1958, 1960, 1962*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2019, pp. 45 y 52.

<sup>45</sup> *Ibid.*

<sup>46</sup> José Donoso, *Historia personal del "boom"*, Santiago, Penguin Random House, 2018, p. 56.

<sup>47</sup> Para una profundización de las corrientes relativas a la historia del pensamiento político moderno y las trayectorias, véase John G. A. Pocock, *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*, Madrid, Akal, 2011; y François Dosse, *La apuesta biográfica: escribir una vida*, Valencia, Universitat de València, 2007.

*Primer eje: intelectuales y redes intelectuales*

En los últimos veinte años una cantidad considerable de investigaciones ha tenido como foco el estudio de los intelectuales y las redes intelectuales. Con los aparatos teóricos y conceptuales de la sociología de los intelectuales, José Joaquín Brunner y Ángel Flisfisch han propuesto modelos interpretativos sobre las funciones políticas de la intelectualidad chilena en la segunda mitad del siglo XX, que ha sido el tópico predominante. En un artículo de 1985, Ángel Flisfisch plantea que la relación entre intelectuales y partidos políticos en Chile ha sido estrecha, siendo estos verdaderos “consejeros del príncipe”; asimismo, con respecto a los intelectuales que actuaron en los años sesenta señala la existencia de dos fenómenos asociados: la intelectualización de la política, y, creada por el primer fenómeno, la inflación ideológica<sup>48</sup>. Ambas observaciones son útiles para adentrarse en el estudio de los intelectuales y sus redes por la fuerte presencia que en ellas tuvo la política.

Con fines operativos, y recogiendo tanto los estudios pioneros antes mencionados como el contenido de las investigaciones históricas sobre el tema, nos parece que para sistematizar de mejor manera este eje o zona de la HICH, podrían utilizarse dos razonamientos complementarios. Por un lado, la distinción de los intelectuales de acuerdo con las matrices político-ideológicas disponibles en los sesenta y, por otro, la distinción de estos según las áreas de especialidad. Las matrices que identificamos son tres: la intelectualidad marxista, la intelectualidad de la modernización y la intelectualidad conservadora. A su vez, dos son las áreas de especialidad que distinguimos: los intelectuales del ámbito científico social, y los del ámbito artístico-cultural. Como se verá, y al margen de estas clasificaciones, se observa en ambos casos un mayor interés en la segunda mitad de los años sesenta, siendo escasas las investigaciones sobre la primera mitad.

Ivette Lozoya es una de las principales historiadoras de los intelectuales marxistas chilenos en los años sesenta. En *Los intelectuales y las ideologías de izquierda en el siglo XX*<sup>49</sup>, sostiene que “durante un largo periodo, las ideologías de izquierda y los intelectuales comprometidos tuvieron amplio prestigio” en el país, y distingue una primera etapa de soviétización (1930-1945), una segunda de ascenso del marxismo en el contexto de la Guerra Fría (1945-1965) y una tercera de intensificación del compromiso político (1965-1973), caracterizada por la institucionalización de las ciencias sociales y la penetración a través de ellas del marxismo, la preocupación de los intelectuales

<sup>48</sup> “Existe intelectualización de la política cuando en la cultura política predomina una interpretación de la política que le asigna el sentido primordial de ser una actividad orientada a implantar en la sociedad una verdad sobre la sociedad, verdad que es vista a su vez como conocimiento racional y que se obtiene racionalmente”. En: Ángel Flisfisch, “Algunas hipótesis sobre la relación entre intelectuales y partidos políticos en Chile”, en *Documento de trabajo. Programa FLACSO / Santiago de Chile*, n.º 234, Santiago, enero 1985, p. 4. Disponible en <http://flacsochile.org/biblioteca/pub/memoria/1985/000918.pdf> [fecha de consulta: 5 de enero de 2021].

<sup>49</sup> Dejamos de lado las observaciones de la autora acerca del último momento de los intelectuales públicos – dictadura y transición –, ya que escapa del periodo que nos hemos propuesto.

por su rol en la sociedad y el surgimiento de espacios de militancia distintos a los de la izquierda tradicional, como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)<sup>50</sup>. En el mismo texto, Lozoya diferencia el lugar de los intelectuales dentro de los partidos y organizaciones políticas de las izquierdas chilenas, coincidiendo en que los partidos, con la excepción del MIR, no buscaron incorporarlos de manera expresa. Así, el Partido Comunista chileno “tenía una relación utilitaria con los intelectuales [...] sin intervenir en su producción”; el Partido Socialista chileno tampoco contó con una política específica para los intelectuales que definiera sus funciones dentro del partido; el MIR tampoco ideó una política específica para los intelectuales, sin embargo “a diferencia del PC, existieron intelectuales en las cúpulas de dirección” y además el partido “los incorporó a la militancia solicitándoles tareas de acuerdo a su experticia”<sup>51</sup>. La ambigüedad de los partidos de las izquierdas terminó con la victoria de la Unidad Popular, ya que su programa de gobierno sí reconoció la importancia de estos<sup>52</sup>. Es importante apuntar que antes de los trabajos de Ivette Lozoya no existía una línea de investigación asentada que considerara el pensamiento, las ideas y la participación de los intelectuales en tanto tales dentro de los partidos políticos, y menos en la bibliografía sobre el MIR.

En otras investigaciones sobre las intelectualidades y sus redes, donde la esfera política funciona como eje articulador, Ivette Lozoya se ha interesado por la intelectualidad de las izquierdas durante la Unidad Popular, en específico, por la participación de estos en el proceso encabezado por Salvador Allende y por el contenido de los debates que protagonizaron. En un artículo publicado en *Pacarina del Sur*, la historiadora muestra que “existió un movimiento intelectual [latinoamericano y latinoamericanista] que adhirió al proyecto [de la vía chilena al socialismo] y se involucró en su construcción”<sup>53</sup>. Hasta Ivette Lozoya, con antecedentes en Eduardo Devés, la Unidad Popular había sido estudiada atendiendo los aspectos sociales y políticos, o más concretamente los movimientos populares y la actuación de los partidos políticos. La autora, pues, demuestra que el compromiso con la vía chilena al socialismo fue mucho más diverso y complejo. De esta forma, para ilustrar dicho compromiso, rastrea los nombres de los extranjeros que se asentaron en Chile —de preferencia en Santiago—, asociándolos a espacios de actuación y determinando sus militancias o sensibilidades políticas<sup>54</sup>. Ivette Lozoya profundiza, en un artículo del 2016, esta cartografía de la intelectualidad marxista del ámbito científico social dentro de las dos universidades capitalinas, agrupando a los integran-

---

<sup>50</sup> Ivette Lozoya, “Los intelectuales y las ideologías de izquierda en el siglo XX”, en Jaksic y Gazmuri (eds.), *Historia política de Chile...*, op. cit., pp. 163-193.

<sup>51</sup> Op. cit., pp. 178-179.

<sup>52</sup> Op. cit., p. 180.

<sup>53</sup> Ivette Lozoya, “Debates y tensiones en el Chile de la Unidad Popular. ¿La traición de los intelectuales?”, en *Pacarina del Sur* [en línea], n.º 17, Perú, octubre-diciembre 2013. Disponible en: <http://www.pacarinadelsur.com/home/oleajes/45-dossiers/dossier-9/812-debates-y-tensiones-en-el-chile-de-la-unidad-popular-la-traicion-de-los-intelectuales> [fecha de consulta: 15 de enero de 2021].

<sup>54</sup> Ivette Lozoya, *Intelectuales y revolución. Científicos sociales latinoamericanos en el MIR chileno (1965-1973)*, Santiago, Ariadna, 2020, pp. 174-176.

tes de acuerdo con las áreas y equipos de investigación que estos conformaron bajo el alero institucional del CESO y el CEREN<sup>55</sup>. A través de la consulta de las publicaciones de ambos centros, el artículo refuerza la hipótesis de que no obstante la efervescencia sociopolítica que inundó al país entre 1970 y 1973, la intelectualidad marxista siguió investigando y participando en proyectos colectivos, como la revista *Chile-Hoy* o los mismos centros académicos mencionados<sup>56</sup>. Uno de los debates que concitó la atención de estos intelectuales, siguiendo al mismo artículo, habría sido la cuestión de la teoría del poder<sup>57</sup>. En otro texto —que apareció en una revista mexicana pero que aquí incluimos por tratarse de dos historiadoras chilenas que han cultivado, aunque sobre distintos periodos históricos, la historia intelectual—, Ivette Lozoya y Cristina Moyano examinan las discusiones generadas en el seno de la intelectualidad de izquierda con relación a su definición como intelectuales y la función política que tendrían que asumir en el proceso de transición al socialismo<sup>58</sup>.

Por nuestro lado, en una reciente publicación confirmamos, esta vez en lo que respecta al ambiente penquista y no ya solo el Santiago de Ivette Lozoya y Eduardo Devés, la tesis de la historiadora en cuanto a que los intelectuales marxistas continuaron embarcados en proyectos académicos durante la Unidad Popular<sup>59</sup>. En dicho texto recogimos un puñado de acciones en defensa de la victoria de la Unidad Popular en las que participaron los intelectuales que entonces trabajaban en la Universidad de Concepción, chilenos y extranjeros, acciones como la dictación de charlas en fábricas de las comunas aledañas, en sindicatos, explicaciones públicas y radiales sobre los puntos más oscuros o polémicos del *Programa Básico* de Salvador Allende, amén de despejar preocupaciones tales como eventuales inflaciones que se suscitarían con el cambio de la economía, desabastecimientos, expropiaciones, reforma agraria, nacionalizaciones, entre otras<sup>60</sup>. Se trata de un texto, como se ve, que privilegia el costado social de los intelectuales. Justamente lo que nos interesa es este costado social en otra investigación reciente, en la que examinamos, a través de la consulta de la revista *Rehue* —el órgano oficial del Instituto de Antropología de la Universidad de Concepción—, documentos institucionales y

<sup>55</sup> Ivette Lozoya, “Social scientists from the left-wing party and discussions about power in Chile (1970-1973)”, en *Universum*, vol. XXXI, n.º 2, Talca, 2016, pp. 99-118. Disponible en <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-23762016000200007> [fecha de consulta: 15 de enero de 2021].

<sup>56</sup> Una hipótesis distinta, aunque lejos de la historia intelectual, es la de Augusto Salinas Araya. En *La ciencia bajo fuego*, postula la incompatibilidad que habría existido entre política y ciencia en el ambiente universitario santiaguino de 1967-1973. Véase: Augusto Salinas, *La ciencia bajo fuego. Investigación científica, universidad y poder político en Chile, 1967-1973*, Santiago, Ediciones UC, 2012.

<sup>57</sup> Lozoya, “Social scientists from...”, *op. cit.*

<sup>58</sup> Ivette Lozoya y Cristina Moyano, “Intelectuales de izquierda en Chile’: ¿de la politización a la tecnocracia? Debates sobre la función política y el ser del intelectual entre 1960 y 1990”, en *Signos Históricos*, vol. XXI, n.º 41, México D.F., enero-junio 2019, pp. 192-229.

<sup>59</sup> Pedro Altamirano, “‘Vivimos momentos definitorios’. Intelectuales y Unidad Popular en Concepción”, en Danny Monsálvez y Mario Valdés (eds.), *Concepción en la Historia Reciente*. Volumen I: Los días del presidente Allende, Valparaíso, América en Movimiento, 2021, pp. 191-219.

<sup>60</sup> *Ibid.*

prensa local, la presencia en Concepción del antropólogo comunista argentino Edgardo Garbulsky, el cual vivió en la ciudad entre 1967 y 1973<sup>61</sup>.

Mención aparte, volviendo con Ivette Lozoya, merece la metodología practicada en sus investigaciones y, el que acaso hasta la fecha sea su principal aporte, el tratamiento que Lozoya ha hecho acerca del MIR, destacando los aspectos intelectuales de la organización, sus redes y la eventual recepción que sus militantes y colaboradores habrían hecho de las teorías y conceptualizaciones del pensamiento latinoamericano. En el capítulo cinco de *Intelectuales y revolución* –con este título publicó en formato libro su tesis de doctorado, con escasas modificaciones–, sintetiza varios de los temas referidos, centrandó su atención en el pensamiento político del MIR y sus intelectuales militantes y colaboradores del ámbito científico social<sup>62</sup>. Las investigaciones de Ivette Lozoya están coronadas por un acucioso trabajo metodológico, que considera la consulta de revistas académicas y periodísticas y la aplicación de entrevistas a informantes clave, lo que la distingue como pionera –en cuanto a la incursión de entrevistas y revistas, registros que esta autora utiliza de manera complementaria– entre los practicantes de la HICH al interesarse en la cuestión de los itinerarios. Así, en la revista *Izquierdas* publicó una entrevista a Theotonio Dos Santos sobre sus días en Chile; y en *Historia, Voces y Memoria*, una entrevista a Cristóbal Kay en relación con el ambiente científico social de los años sesenta en Santiago<sup>63</sup>.

En la misma dirección de Ivette Lozoya, aunque interesada por los intelectuales de izquierda del ámbito artístico-cultural, Laura Briceño utilizó la revista *Cormorán* para estudiar las tensiones entre cultura y política en los escritores chilenos durante la Unidad Popular<sup>64</sup>. Esta autora, además, acaba de presentar (27 de septiembre de 2021) en los seminarios de SHIAL un trabajo que dialoga con la sociología de los intelectuales, su proyecto de tesis doctoral, que, interesándose por los intelectuales del área de las ciencias sociales y sus vinculaciones con la política –la construcción hegemónica–, arranca en la segunda mitad de la década del cincuenta<sup>65</sup>. Por nuestra parte, explicitando y acotando el espacio de estudio investigamos el perfil de los intelectuales científicos

<sup>61</sup> Pedro Altamirano, “Un antropólogo comunista argentino en Concepción, 1967-1973. Itinerario y compromiso intelectual de Edgardo Garbulsky”, en Danny Monsálvez (ed.), *Los largos años sesenta en el Gran Concepción, 1959-1973*. Tomo III: Cultura, ideas e intelectualidad, Tomé, Editorial Al Aire Libro, 2021, pp. 69-91.

<sup>62</sup> Lozoya, *Intelectuales y revolución...*, op. cit., pp. 269-360.

<sup>63</sup> Ivette Lozoya, “Theotonio Dos Santos, un intelectual revolucionario”, en *Izquierdas*, n.º 25, Santiago, 2015, pp. 238-275. Disponible en <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-50492015000400011> [fecha de consulta: 16 de enero de 2021]; e Ivette Lozoya, “Intelectuales y política en el Chile de los 60 y 70: entrevista con Cristóbal Kay”, en *Historia, Voces y Memoria*, n.º 6, Buenos Aires, 2013, pp. 211-231.

<sup>64</sup> Laura Briceño, “Escritores y la política cultural en el gobierno de Salvador Allende. Los aportes del Taller de escritores de la Unidad Popular (1970-1973)”, en *Izquierdas*, n.º 49, Santiago, febrero 2020, pp. 292-311.

<sup>65</sup> Laura Briceño, “Intelectuales, estrategias de legitimación y redes de influencia y poder en un Chile en transformación. La construcción de un proyecto societal hegemónico (1955-1973)”, en *Seminario Interinstitucional de “Historia Intelectual de América Latina”*, El Colegio de México / UAM-Cuajimalpa / Universidad de Colima, 27 de septiembre de 2021. Disponible en <https://shial.colmex.mx/assets/2021-Texto-Laura-Briceño%3%B1o-Ram%3%ADrez.pdf> [fecha de consulta: 16 de enero de 2021].

sociales brasileños y argentinos radicados en la Universidad de Concepción entre 1967 y 1973 –figuras que se movieron en los márgenes del bullente ambiente santiaguino–, mostrando cómo a través de la militancia política en las izquierdas consiguieron articularse social e intelectualmente en la vida pública de la ciudad, a través de charlas, investigaciones, actividades de militancia, entre otras. Asimismo, matizamos la hipótesis que sostiene que los intelectuales brasileños habrían sido los más relevantes cuantitativa y cualitativamente en los espacios académicos nacionales, para lo cual, a través de la revisión de documentos institucionales, prensa local y comunicaciones con informantes clave, concluimos que, sin negar la presencia brasileña, en Concepción la comunidad argentina fue mayoritaria<sup>66</sup>. Como complemento del artículo anterior, investigamos el proceso de institucionalización de las ciencias sociales en Concepción –que comenzó a finales de la década del cincuenta, es decir en la fase menos estudiada de los largos años sesenta–, demostrando la influencia inicial que tuvieron en su empuje las instituciones internacionales, santiaguinas y luego los extranjeros residentes en la provincia, e identificando referentes intelectuales de las ciencias sociales distintos a los usuales que circulan en la bibliografía tradicional<sup>67</sup>. En síntesis, el efervescente circuito de las ciencias sociales en Chile fue mucho más amplio de lo que sucedía en Santiago.

Eduardo Devés y Javier Pinedo han escrito sobre la intelectualidad marxista y la intelectualidad de la modernización. A diferencia de las investigaciones anteriores, estos autores conjugan el análisis del contenido de los propios textos, el pensamiento de los intelectuales, con el estudio de las redes. Javier Pinedo escribió sobre el pensamiento de Jorge Ahumada y Felipe Herrera, figuras que podríamos encasillar como una de las figuras nacionales del proyecto de modernización económica de los años sesenta<sup>68</sup>. Eduardo Devés también se ha referido a la importancia de Felipe Herrera como pensador del integracionismo<sup>69</sup>. Con el concepto de redes intelectuales, Eduardo Devés enfoca de una manera novedosa el estudio de los intelectuales ya que concibe a estas redes como agentes internacionales y en ese sentido las instituciones y las redes actúan como intelectuales colectivos. Este giro, como veremos en el siguiente apartado, le permite a Devés estudiar el pensamiento y las ideas de determinadas redes e instituciones. Con relación a los años sesenta, es lo que ha hecho en artículos y libros en los que estudia a

<sup>66</sup> Pedro Altamirano, “Intelectuales del Cono Sur en Chile. Perfil de los científicos sociales brasileños y argentinos radicados en la Universidad de Concepción (1967-1973)”, en *Divergencia*, n.º 13, Valparaíso, julio-diciembre 2019, pp. 29-49.

<sup>67</sup> Pedro Altamirano, “Intelectuales, ciencias sociales y militancias políticas en el Concepción de los sesenta”, en Danny Monsálvez (ed.), *Los largos años sesenta en el Gran Concepción 1959-1973*, Tomé, Al Aire Libro, 2020, pp. 93-127.

<sup>68</sup> Javier Pinedo, “Felipe Herrera y su proyecto de integración latinoamericana: apuntes para una biografía intelectual”, en *Universum*, vol. 24, n.º 1, Talca, pp. 162-180; Javier Pinedo, “Lo que estaba en el ambiente. Una lectura de *La crisis integral de Chile*, de Jorge Ahumada y su relación con el pensamiento chileno de los años 60”, en Pinedo, *Debates intelectuales...*, op. cit., pp. 153-180.

<sup>69</sup> Eduardo Devés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*, Buenos Aires, Biblos 2003, tomo II, pp. 117-132.

la CEPAL o a las redes intelectuales chilenas que se conformaron alrededor de las disciplinas científico-sociales<sup>70</sup>.

Aunque cercanos en sus enfoques de historia intelectual, con preeminencia en el pensamiento y las ideas, saltan a la vista algunas diferencias entre la obra de Eduardo Devés y Javier Pinedo. El primero, privilegia el estudio de intelectualidades específicas casi en exclusivo cuando estas actúan en comunidad o en redes –de ahí, por ejemplo, su interés por Felipe Herrera y su rechazo del concepto bourdeano de “campo”–, mientras que Javier Pinedo, sin descartar las redes, sí ha estudiado el pensamiento de determinadas figuras, poniéndolas a dialogar con problemas puntuales como la identidad nacional, el latinoamericanismo, la modernización, la idea de crisis integral, entre otros<sup>71</sup>. Con todo, gracias a sus investigaciones los dos han logrado rescatar una fracción importante de la intelectualidad chilena que se identificó con el proyecto modernizador del estructuralismo cepalino, sin perjuicio de la intelectualidad marxista que emergió con fuerza en la segunda mitad de los sesenta<sup>72</sup>. A diferencia de Ivette Lozoya, la metodología de ambos consiste ante todo en la consulta de las propias obras de los pensadores o instituciones en cuestión.

Ahora bien, ¿qué se ha escrito sobre los intelectuales conservadores de los años sesenta? Para el periodo que nos ocupa, Renato Cristi y Carlos Ruiz examinan cuatro figuras conservadoras que actuaron en los sesenta: Jaime Eyzaguirre, Osvaldo Lira, Jaime Guzmán y Mario Góngora<sup>73</sup>. Según Renato Cristi y Carlos Ruiz, los intelectuales de derecha o conservadores chilenos –términos que para estos autores son homologables– se habrían organizado en torno a dos vertientes básicas, el nacionalismo y el corporativismo o gremialismo, vertientes medulares del pensamiento conservador, que una tercera, el neoliberalismo, intentó conciliar desde la segunda mitad de los años sesenta –y luego en dictadura– a través de la figura de Jaime Guzmán<sup>74</sup>. En otro texto, Renato Cristi postula que la producción de los pensadores conservadores ocurre en “momentos de profunda crisis”, y pasa a detallar esos momentos<sup>75</sup>. Uno de los aportes de la propues-

<sup>70</sup> Véase Eduardo Devés, “La CEPAL: red internacional, agente internacional y promotor de la integración”, en Eduardo Devés, *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago, Universidad de Santiago, Instituto de Estudios Avanzados, 2007, pp. 93-106; Eduardo Devés, “La circulación de las ideas y la inserción de los científicos económico-sociales chilenos en las redes consureñas durante los largos 1960”, en *Historia*, n.º 37, vol. 2, Santiago, 2004, pp. 337-366; Eduardo Devés, “Los científicos económico sociales chilenos en los largos 60 y su inserción en las redes internacionales: la reunión del foro tercer mundo en Santiago en abril de 1973”, en *Universum*, vol. 21, n.º 1, Talca, 2006, pp. 138-167.

<sup>71</sup> Javier Pinedo, “Este es mi país y deberé cargar con el lisiado. Imágenes de la identidad nacional en los ensayos de Luis Oyarzún”, en Pinedo, *Debates intelectuales...*, op. cit., pp. 213-238.

<sup>72</sup> En particular véase el capítulo II, “Dependencia, dependentismo y dependentistas”, de la parte V de Eduardo Devés, *El pensamiento latinoamericano...*, op. cit., pp. 139-155.

<sup>73</sup> En la reedición de 2015 agregaron un anexo sobre Jaime Guzmán. Renato Cristi y Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile. Seis ensayos*, Santiago, Universitaria, 2015 [1992].

<sup>74</sup> *Ibid.*

<sup>75</sup> Renato Cristi, “Los intelectuales y las ideologías de derecha en el siglo XX”, en Jaksic y Gazmuri (eds.), *Historia Política de Chile...*, op. cit., pp. 195-224.

ta historiográfica que Renato Cristi y Carlos Ruiz vienen ejecutando desde por lo menos finales de los años ochenta, es mostrar la intensa articulación que hubo entre la disciplina histórica y el pensamiento conservador en Chile –las figuras más importantes de derecha fueron historiadores–, además de señalar las tensiones entre las distintas vertientes del pensamiento conservador en el país y sus procesos formativos.

Pero, y ya que los años sesenta estuvieron hegemonizados por la intelectualidad de la modernización y la marxista, ¿hubo otros conservadores además de los mencionados? De ahí la relevancia de una serie de artículos y libros acerca de otros referentes conservadores. Mario González estudia al historiador Gonzalo Vial Correa, posicionándolo como otro de los intelectuales conservadores fundamentales y reconstruyendo las redes intelectuales forjadas por el grupo de historiadores señalados ya por Cristi y Ruiz<sup>76</sup>. A través de la participación de Gonzalo Vial Correa en proyectos editoriales como *Portada* y *Qué Pasa*, Mario González complejiza los espacios político-intelectuales desde los que se dirigió la ofensiva contra el proceso de efervescencia sociopolítica y luego la vía chilena al socialismo, en otras palabras, resquebraja la ecuación simplista que identifica a *El Mercurio* como prácticamente la única trinchera de combate de los intelectuales conservadores contra el proyecto de las izquierdas en el país<sup>77</sup>. Asimismo, y ya que los intelectuales conservadores son historiadores profesionales –o abogados/historiadores–, es interesante preguntarse por el estado de la disciplina histórica en los espacios universitarios. En el fondo, ¿cómo se explica esa proliferación de historiadores conservadores? Esto es lo que intenta despejar el mismo Mario González en un artículo en el que indaga en la conformación del Instituto de Investigaciones Históricas y la revista *Historia* de la Universidad Católica, postulando que la irrupción de estos espacios, con protagonismo de Jaime Eyzaguirre, intentó frenar la proliferación de la corriente historiográfica marxista en Chile y la influencia estructuralista de *Annales*. También reconstruye el flujo de relaciones personales de Jaime Eyzaguirre, en particular sus relaciones con los estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica<sup>78</sup>. En los trabajos de Mario González advertimos un inteligente desplazamiento en los modos de practicar la historia intelectual, superando, sin desecharlo, el análisis del contenido de los textos y yendo hacia las sociabilidades para mostrar que el discurso de estos, en este caso conservadores, tuvo eco en una parte del estudiantado<sup>79</sup>.

<sup>76</sup> Mario González, *Gonzalo Vial Correa. Las sinuosidades de una trayectoria intelectual, 1969-1991*, Valparaíso, RIL, 2017.

<sup>77</sup> Para adentrarse en la actuación de Gonzalo Vial en el último tramo de los sesenta y en las revistas mencionadas, véase el capítulo 1 de González, *Gonzalo Vial Correa...*, *op. cit.*

<sup>78</sup> Mario González, “Los estudios historiográficos en la Universidad Católica de Chile. Aproximación histórica a la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas y de la revista *Historia*, 1954-1970”, en *Cuadernos de Historia*, n.º 50, Santiago, 2019, pp. 75-102.

<sup>79</sup> Lamentablemente, el arco temporal de este artículo es desigual en su tratamiento, siendo potente entre 1954 y 1968 pero dejando de lado los años inmediatos a la reforma universitaria (1968-1970). Con todo, es un artículo notable y novedoso en términos metodológicos, ya que entre sus fuentes considera las tesis de estudiantes, actas y los mismos números de la revista *Historia*.

Así, las investigaciones sobre la intelectualidad conservadora han matizado el ambiente intelectual chileno de los largos años sesenta, demostrando que, si bien hubo una hegemonía cultural de las izquierdas, también los intelectuales conservadores tuvieron presencia y cierta influencia en algunos sectores y espacios, en especial universitarios. Dichas investigaciones coinciden en la relevancia que para estos intelectuales conservadores tuvo la contingencia política, con lo cual refuerzan el lugar común que sostiene que durante los años sesenta hubo una relación estrecha entre intelectuales y política. En otras palabras, este lazo trascendió las posiciones políticas, atravesando a la condición misma del intelectual, aunque sin duda, con contenidos y grados de articulación con el mundo sociopolítico distintos: la intelectualidad conservadora de los años sesenta tendió a asociarse en pequeños grupos e incluso a rechazar el partidismo clásico, como muestran Renato Cristi y Carlos Ruiz, al contrario de los intelectuales marxistas y de la modernización que lo hicieron en los espacios públicos y en general con enorme recepción y reconocimiento del mundo social.

Despejada la cuestión de las intelectualidades clasificadas según matrices políticas, otra manera de enfocar esta zona es atendiendo a las especialidades. Para los años sesenta, podríamos distinguir a los intelectuales del ámbito artístico-cultural y a los intelectuales del ámbito científico-social, como dijimos líneas atrás<sup>80</sup>. El mundo de los intelectuales del ámbito artístico-cultural tiene a Germán Albuquerque como uno de sus principales referentes; por su parte, los intelectuales del ámbito científico social –que ya comentamos de manera sucinta– han sido trabajados con insistencia por Eduardo Devés e Ivette Lozoya<sup>81</sup>. En *La trinchera letrada*, Germán Albuquerque examina la participación de los intelectuales del ámbito cultural en la contienda global de la Guerra Fría, historiando los compromisos que la intelectualidad contrajo con alguno de los bandos en pugna, la articulación con movimientos, las instituciones implicadas, en fin, cartografiando a la intelectualidad latinoamericana del ámbito cultural y analizando la relación que mantuvieron con la política en un momento histórico en el que el campo cultural latinoamericano produjo notables frutos<sup>82</sup>. Así como Eduardo Devés, el ojo de Germán Albuquerque tensiona los márgenes del Estado-nación, moviéndose en varias escalas espaciales, como se advierte tanto en *La trinchera letrada* como en otras de sus investigaciones, por lo que este texto nos parece un inmejorable “modelo” metodológico que informa sobre cómo se puede hacer historia intelectual en relación con un proceso

---

<sup>80</sup> La distinción obedece a las características de la bibliografía sobre el periodo, que suele centrarse en estas dos especialidades.

<sup>81</sup> Más recientemente, Laura Briceño ha estudiado a los intelectuales del ámbito artístico-cultural. Briceño, “Escritores y la política cultural...”, *op. cit.*

<sup>82</sup> El propósito del libro, que en términos temporales cubre el tercer cuarto del siglo XX, es “demostrar que, durante la guerra fría, los escritores y artistas de América Latina se convirtieron en un actor múltiple que entró en diálogo y en interacción con los otros actores que dieron vida a dicho conflicto, impulsando y haciendo circular en el espacio global su poder, el cual, a su vez, entró en relación con el poder de los otros actores”. Véase Germán Albuquerque, *La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría*, Santiago, Ariadna, 2011, p. 12.

que trasciende las fronteras nacionales o que involucra a actores extranjeros<sup>83</sup>. Al mismo tiempo, Germán Alburquerque se interesa por las redes intelectuales, con lo cual, si bien en el libro observamos un interés por el pensamiento y la circulación de las ideas, el foco está en los sujetos portadores y medulares de esas ideas, en la participación pública y social de los intelectuales<sup>84</sup>. No obstante lo dicho, y al igual que varios de los autores antes citados, Alburquerque también ha estudiado desde la historia el pensamiento y la circulación de las ideas. Es lo que veremos a continuación.

### *Segundo eje: pensamiento y circulación de ideas*

Otra cantidad importante de investigaciones pertenece a esta amplia etiqueta que aquí llamamos “Pensamiento y circulación de ideas”. Sin dudas el autor más destacado de esta tendencia es Eduardo Devés, quien desde por lo menos finales de los años noventa –inclusive en la década del ochenta– ha venido publicando trabajos que responden a las cuestiones del pensamiento y la circulación de las ideas y sus dinámicas, en una trayectoria que asoma como referencia ineludible para los historiadores intelectuales atraídos por los sesenta y el siglo XX en general<sup>85</sup>. El aporte de Eduardo Devés es mayúsculo, ya que además de historiar experiencias intelectuales específicas se ha atrevido a reflexionar sobre los cimientos posibles de este campo de estudios, proponiendo metodologías, vuelcos temáticos, conceptos y teorías explicativas. Así, en vez de “historia intelectual” o “historia de las ideas”, el historiador prefiere referirse a este campo como “estudios eidéticos”, “eidología” o “estudios eidológicos” puesto que entiende que no solo la disciplina histórica indaga en las cuestiones del pensamiento, las ideas y los intelectuales<sup>86</sup>.

<sup>83</sup> Grínor Rojo celebró la publicación de este libro, distinguiéndolo de un texto anterior de Jean Franco que “no llegó a puerto”. Escribe Rojo: “Si se me pide caracterizarlo en su conjunto, sin embargo, yo diría que él no es tanto un libro académico como un volumen a medio camino entre una investigación de ‘redes intelectuales’, a la manera de Eduardo Devés, y una investigación de ‘campo cultural’, a la manera de Pierre Bourdieu. Tal vez más cerca de lo primero que de lo segundo”. Grínor Rojo, “Un nuevo libro sobre los intelectuales latinoamericanos y la Guerra Fría”, en Grínor Rojo, *Los gajos del oficio. Ensayos, entrevistas y memorias*, Santiago, Lom, 2014, pp. 157-163.

<sup>84</sup> El historiador cubano Rafael Rojas ha emprendido labores similares en relación con la intelectualidad latinoamericana ante la Revolución cubana, sobre todo en dos libros notables: Rafael Rojas, *La vanguardia peregrina. El escritor cubano, la tradición y el exilio*, México, Fondo de Cultura Económica, 2013; y Rafael Rojas, *Traductores de la utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016.

<sup>85</sup> Las investigaciones de Eduardo Devés se mueven a lo largo de todo el siglo XX. Ha estudiado las redes teosóficas de la década del veinte y los intelectuales latinoamericanistas del mismo periodo. Para un resumen general de estas investigaciones, véase Eduardo Devés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernidad y la identidad. Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*, Buenos Aires, Biblos / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000.

<sup>86</sup> Este párrafo es ilustrativo de su proyecto: “A la hora de constituir el ámbito disciplinar los estudios eidéticos, es decisivo independizarlo de su identificación con la historiografía [...] Los estudios eidéticos pueden realizarse, entre otras maneras, como estudios de historia intelectual o como historia de las ideas propiamente tales, como sociología del conocimiento o de otras formas, pero en ningún caso deben asumirse

El vuelco temático y la inclusión de teorías explicativas que refrescan las habituales miradas de la historia intelectual, e incluso la tradicional historia de las ideas que largos años practicaron los filósofos latinoamericanos –fenómeno que Luis Corvalán Márquez llama la “deriva historiográfica de los filósofos”<sup>87</sup>–, se manifiesta en sus artículos acerca de la circulación de ideas dentro de la propia periferia. En este sentido, Eduardo Devés ha explorado la presencia de las ideas económico-sociales latinoamericanas, con atención en el momento de recepción y luego en sus eventuales reelaboraciones, en zonas periféricas como Pakistán, la India, Tanzania, Kenia, por citar algunos ejemplos<sup>88</sup>. En un artículo de 2004, el autor formula un modelo explicativo alternativo sobre la dinámica de las ideas, mostrando el movimiento de estas y la conformación de “redes consureñas”, en los años sesenta, alrededor de las ciencias sociales. Es decir, Eduardo Devés concibe a los países periféricos como productores de ideas además de meros receptores, perspectiva que abre nuevas oportunidades a los historiadores intelectuales<sup>89</sup>. El citado artículo de 2004 y otro de 2006 son dos provechosas muestras del enfoque de Eduardo Devés cuando aborda las redes intelectuales, ya que su orientación involucra tanto a las ideas que circulan desde esas redes –ideas que vienen del centro y la periferia– como a la inserción transnacional de la intelectualidad chilena de los años cincuenta y sesenta<sup>90</sup>.

Ya en un plano más general, pero teniendo en mente la ingente producción de Devés sobre la circulación de las ideas y el pensamiento, ¿cómo agrupar la cantidad de libros y artículos escritos por los historiadores intelectuales chilenos en las dos últimas décadas? De acuerdo con el corpus bibliográfico seleccionado, proponemos dos entradas que han sido las más frecuentes o habituales. La primera ha intentado comprender a los años sesenta a partir de la identificación, y posterior explicación, de lo que denominan los “tópicos recurrentes” de la época, siendo Eduardo Devés, Javier Pinedo y Germán Albuquerque los tres autores más destacados de esta tendencia. De acuerdo con el primero, en los años sesenta habrían emergido un puñado de ideas ordenadoras que permitirían comprender de mejor manera el periodo, siendo algunas de las medulares la “integración” o “proyecto integracionista”; el “liberacionismo”, expresión de una

---

como rama de la historiografía”. El autor desarrolla con mayor detalle su proyecto de estudios eidéticos en Devés y Kozel, *Estudios eidéticos...*, *op. cit.*, p. 19.

<sup>87</sup> Para una breve, aunque precisa síntesis de la historia de las ideas en América Latina y la descripción de tres de esos proyectos –Leopoldo Zea, Roberto Fernández Retamar y Eduardo Devés–, véase la “Introducción” de Luis Corvalán Márquez, *Para una historia de las ideas en Nuestra América*, Santiago, Ceibo, 2016, pp. 17-29.

<sup>88</sup> Eduardo Devés, “Las ideas económico-sociales de América Latina y el Caribe en Pakistán. Recepción y reelaboración (1965-1980)”, en *Atenea*, n.º 505, Concepción, 2012, pp. 239-261; Eduardo Devés, “Recepción y reelaboración del pensamiento económico-social de América Latina en la India, entre 1960 y 1990. Estudio de algunos casos”, en *Universum*, n.º 27, vol. 1, Talca, 2012, pp. 29-54; Eduardo Devés, “Recepción y reelaboración del pensamiento económico-social chileno y latinoamericano en Tanzania, 1965-1985: su proceso de africanización”, en *Atenea*, n.º 492, Concepción, 2005, pp. 45-68; Eduardo Devés, “El pensamiento social latinoamericano en Kenia (1965-1985)”, en *Cuadernos Americanos: Nueva Época*, vol. 6, n.º 114, México D.F., 2005, pp. 167-184.

<sup>89</sup> Eduardo Devés, “La circulación de las ideas y la inserción de los científicos económico-sociales chilenos en las redes consureñas durante los largos 1960”, en *Historia*, n.º 37, vol. 2, Santiago, 2004, pp. 337-366.

<sup>90</sup> Devés, “Los científicos económico...”, *op. cit.*; Devés, “La circulación de las ideas...”, *op. cit.*

variedad de inquietudes cruzadas por las ansias de quebrar patrones de comportamiento y mandatos estructurales; y el resurgimiento del conflicto modernización-identidad, conceptos troncales en el esquema interpretativo de Devés sobre el comportamiento del pensamiento latinoamericano y que desde la década del cincuenta figura bajo el concepto de “desarrollo”, que en lo sucesivo pasó a ser “la clave, pura legitimidad, y fuente de legitimación para otras ideas”<sup>91</sup>.

Por su parte, y coincidiendo en trazos generales con Eduardo Devés, Javier Pinedo, apoyándose en la revisión de los ensayos más representativos y con mayor circulación publicados durante los años cincuenta y sesenta por la intelectualidad chilena, sostiene que “el tema central de la época” habría sido “la pobreza y el desarrollo”, en torno a los cuales giraron subtemas o problemas como, por ejemplo: “cómo salir de la pobreza, la función del Estado y el rol de la identidad nacional en este objetivo”<sup>92</sup>. En tanto que para Germán Alburquerque el “tercermundismo” sería otro de los tópicos recurrentes de los años sesenta, predominante sobre todo en el último lustro (1968-1973) y persistente incluso después de los golpes de Estado en el Cono Sur. Precisamente en *Tercermundismo y No Alineamiento en América Latina durante la Guerra Fría*, Germán Alburquerque reúne, modifica y sistematiza los principales hallazgos de artículos anteriores –publicados en revistas extranjeras– en los que indaga en lo que a su juicio sería una “sensibilidad que se propagó por el planeta a contar de la década del cincuenta”; el tercermundismo, y que con la marcha del tiempo se constituyó “en una ideología” que aunque “no fue [...] demasiado elaborada”, reunió a los países “hermanados [...] por una misma posición en el mapa geopolítico: externos a ambos bloques dominantes; y por una misma situación: subdesarrollados y neocolonizados”<sup>93</sup>.

Como se ve, el tercermundismo sería un tópico recurrente que problematiza los años sesenta y que es complementario a los propuestos por Devés y Pinedo<sup>94</sup>. Desde luego que otro de los tópicos fue el de la “revolución”, como demuestra el historiador social Julio Pinto para el contexto chileno<sup>95</sup>. Ahora bien, siendo atrayente por la fuerza sintética de la propuesta, uno de los problemas del enfoque de los “tópicos recurrentes” es evidente: qué pasa con los tópicos “menos recurrentes”, con las pequeñas corrientes de pensamiento y las ideas e ideologías marginales, pues por muy laterales que estas sean también forman parte del cuadro de cualquier época. Los años sesenta no son la excepción. En este sentido, las investigaciones de Mario González, Renato Cristi y Car-

<sup>91</sup> Sobre la alternancia entre modernización e identidad, véase Devés, *El pensamiento latinoamericano...*, op. cit., tomo I, pp. 15-21 y tomo II, p. 126.

<sup>92</sup> Pinedo, “El pensamiento de los ensayistas...”, op. cit., pp. 119 y 121.

<sup>93</sup> Germán Alburquerque, *Tercermundismo y No Alineamiento en América Latina durante la Guerra Fría*, Santiago, Ediciones Inubicalistas, 2020, pp. 15-16.

<sup>94</sup> Para una concepción amplia del tercermundismo y las formulaciones del pensamiento periférico, véase el extenso trabajo (864 páginas) de Eduardo Devés, *Pensamiento periférico Asia – África – América Latina – Eurasia y algo más. Una tesis interpretativa global*, Santiago, IDEA / USACH, Edición Digital, 2012.

<sup>95</sup> Julio Pinto, “Hacer la revolución en Chile”, en Julio Pinto (coord.), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, Lom, 2005, pp. 9-33.

los Ruiz sobre el pensamiento conservador permiten contrastar o matizar alguna de las conclusiones de este enfoque: por ejemplo, ya vimos cómo la atención por la coyuntura política ingresó en la condición misma del intelectual en los sesenta, sin importar la matriz político-ideológica<sup>96</sup>.

La segunda entrada viable a las cuestiones del pensamiento y la circulación de las ideas la constituye el conjunto de trabajos que examinan a un actor o agente intelectual específico, el que puede ser una institución, una comunidad académica o un pensador a secas. Además de los citados textos de Eduardo Devés sobre la CEPAL, en esta dirección habría que incluir el notable libro del uruguayo Rolando Franco sobre la FLACSO<sup>97</sup>; las tesis de maestría y doctorado de Juan Cristóbal Cárdenas sobre el CESO de la Universidad de Chile y la comunidad académica que se forjó en torno al sociólogo Eduardo Hamuy y más tarde alrededor de las preocupaciones por los estudios de la dependencia en la misma universidad<sup>98</sup>; un artículo de Carla Rivera acerca de la proliferación de discusiones sobre las comunicaciones en el CEREN durante la Unidad Popular (UP)<sup>99</sup>. Por nuestra parte, analizamos la circulación de ideas económico-sociales a través de los intelectuales de las carreras científico-sociales que se crearon a lo largo de los años sesenta en la Universidad de Concepción<sup>100</sup>. Compilamos, además, precedido por un estudio introductorio, las intervenciones públicas de David Stitchkin Branover –rector en dos oportunidades de la Universidad de Concepción (1956-1962 y 1968)–, investigación que permite aproximarse al pensamiento universitario de este destacado académico chileno, o, por mejor decir, a cierto modelo de intelectual humanista con inclinaciones de modernizador universitario, modelo que lo empalma a otros como Juan Gómez Millas o José Luis Romero, para el caso argentino<sup>101</sup>. Además de los citados trabajos sobre determinados intelectuales que señalamos en el primer eje, incluimos aquí el libro colectivo de 1998 *El pensamiento chileno en el siglo XX*<sup>102</sup>. La selección de autores estudiados y sus abordajes demuestra el interés por rescatar la historia del “pensamiento social” chileno, en otras palabras, la traducción política de las ideas y el pensa-

---

<sup>96</sup> Remitimos a la sucinta discusión bibliográfica del aparatado anterior.

<sup>97</sup> En este balance incluimos a Rolando Franco, sociólogo uruguayo, porque, a la fecha, se trata de uno de los libros mejores documentados sobre el ambiente de las ciencias sociales en Chile entre 1957 y 1973, aunque, a nuestro parecer, decae en profundidad entre 1968 y 1973. Rolando Franco, *La FLACSO clásica (1957-1973). Vicisitudes de las Ciencias Sociales latinoamericanas*, Santiago, Catalonia, 2007.

<sup>98</sup> Para una aproximación a ambas cuestiones, véase Juan Cristóbal Cárdenas, “Una historia sepultada: el Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile, 1965-1973 (a 50 años de su fundación)”, en *De Raíz Diversa*, vol. 2, n.º 3, México D., F., enero-junio 2015, pp. 121-140.

<sup>99</sup> Carla Rivera, “Diálogos y reflexiones sobre las comunicaciones en la Unidad Popular. Chile, 1970-1973”, en *Revista de Historia y Comunicación Social*, vol. 20, n.º 2, Madrid, 2016, pp. 345-367. Disponible en <https://revistas.ucm.es/index.php/HICS/article/view/51388> [fecha de consulta: 18 de enero de 2021].

<sup>100</sup> Pedro Altamirano, *Ciencias sociales, redes intelectuales y circulación de ideas en y desde la Universidad de Concepción (1967-1973)*, tesis para optar al grado de Licenciado en Educación, Concepción, Universidad de Concepción, 2019.

<sup>101</sup> Danny Monsálvez (comp.), *David Stitchkin Branover. Discursos, conferencias, mensajes, entrevistas y clases magistrales*, Concepción, Editorial Universidad de Concepción, 2014.

<sup>102</sup> Devés, Pinedo y Sagredo, *El pensamiento chileno...*, op. cit.

miento: “lo que se busca [en los artículos de este libro] generalmente son aquellas ideas que constituyeron a estas personas o grupos en actores sociales relevantes”<sup>103</sup>. El libro encara el estudio de las ideas desde múltiples puntos de vista, como el pensamiento de los intelectuales destacados –los “intelectuales faro”, al decir de Horacio Tarcus<sup>104</sup>–, las colectividades, las disciplinas, las ideas de una época, los debates. Un capítulo primordial del libro, a propósito de los largos años sesenta, es el de Eduardo Devés, texto en el que explora las ideas políticas del periodo chileno 1950-1973, deteniéndose en los tres sectores políticos –izquierda, centro y derecha, inclusive en el pensamiento de los militares– y varias disciplinas académicas e instituciones<sup>105</sup>.

Las herramientas teórico-metodológicas de la historia intelectual contemporánea, que entiende de manera compleja la articulación entre texto y contexto, permiten interpretar a los partidos políticos como actores intelectuales, es decir como receptores y generadores de ideas, perspectiva que sin dudas renueva la tradicional historia política sobre los partidos<sup>106</sup>. El provecho de esta corriente investigativa es que posibilita aproximarse al sentido de las acciones políticas a través de las ideas que rondan a la organización y a sus intelectuales. Esto último, en relación con el MIR, es lo que ha hecho Lozoya en el citado *Intelectuales y revolución* y en un artículo programático de 2013<sup>107</sup>.

### *Tercer eje: las publicaciones periódicas. El mundo de las revistas*

Es usual en la historiografía que las publicaciones periódicas, como las revistas, entre otros soportes materiales, sean requeridas solo por su condición en tanto fuentes documentales, pero la renovación teórico-epistemológica que a propósito del giro lingüístico

<sup>103</sup> *Op. cit.*, p. 8.

<sup>104</sup> Horacio Tarcus distingue un salto cualitativo de la historia intelectual por sobre la historia de las ideas tradicional, en especial por las nuevas maneras de pensar *lo intelectual* (el énfasis es nuestro). Sobre este punto escribe: “Si la historia de las ideas había puesto el foco en décadas pasadas en las ideas matrices de una época, en sus grandes textos y en sus ‘intelectuales faro’, y si la biografía tradicional se proponía estudiar minuciosamente la vida pública y privada de las figuras consagradas dentro de la altura cultura, los nuevos desarrollos de la historia intelectual, sin desatender el rol jugado por los grandes intelectuales, tienden a repensarlos dentro de tramas político-culturales más vastas”. Horacio Tarcus, “Una invitación a la historia intelectual. Palabras de apertura del II Congreso de Historia Intelectual de América Latina”, en *Revista Pléyade*, n.º 15, enero-junio 2015, pp. 9-25.

<sup>105</sup> Eduardo Devés, “El pensamiento en Chile 1950-1973: ideas políticas”, en Devés, Pinedo y Sagredo, *El pensamiento chileno...*, *op. cit.*, pp. 213-252.

<sup>106</sup> La mutua fertilización entre historia política e historia intelectual es el planteamiento de Carlos Altamirano: “Ahora bien, el renacimiento de la historia política ha activado –o se ha aliado con la activación de– otros modos de interrogar el pasado, como la historia de las élites y la historia intelectual”. Carlos Altamirano, “De la historia política a la historia intelectual. Reactivaciones y renovaciones”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, n.º 9, Buenos Aires, 2005, pp. 11-18. Disponible en: [https://historiaintelectual.com.ar/OJS/index.php/Prismas/article/view/Altamirano\\_prismas9/754](https://historiaintelectual.com.ar/OJS/index.php/Prismas/article/view/Altamirano_prismas9/754) [fecha de consulta: 7 de junio de 2021].

<sup>107</sup> Lozoya, *Intelectuales y revolución...*, *op. cit.*; Ivette Lozoya, “Pensar la revolución: pensamiento latinoamericano e intelectuales en el MIR chileno 1965-1973. Propuesta teórica y metodológica para su estudio desde la historia intelectual y la historia de la violencia”, en *Revista de Humanidades*, n.º 27, Santiago, enero-junio 2013, pp. 173-197.

y el giro material sacudió a la historia intelectual en las últimas décadas, ha diversificado los abordajes al concebir a las revistas y otros soportes materiales como “objetos” de estudio autónomos<sup>108</sup>. Dicho giro material ha enriquecido el estudio de la circulación de las ideas, interrogándose por el consumo de libros, las experiencias de lectura, las actividades de editores y traductores, entre otras<sup>109</sup>. Como veremos en las páginas siguientes, la bibliografía chilena que concibe a las revistas y otros soportes materiales de las ideas –boletines, documentos institucionales, mimeografiados, tesis de estudiantes, correspondencia, etc.–, como objetos de estudio en sí mismos es apenas incipiente y desigual, distribuyéndose en su mayoría en los años de la Unidad Popular y en el espacio de Santiago. Los primeros años sesenta y la vida cultural de las provincias, como de igual forma sucede con el estudio de los intelectuales, las redes intelectuales, la circulación de las ideas y el pensamiento, son un terreno casi inexplorado<sup>110</sup>. En nuestro país han sido sobre todo los estudios literarios los que han tomado a las publicaciones periódicas, entre ellas las revistas, como objetos, siendo notables los aportes de Claudia Darrigrandi, María Alvarado, Claudia Montero y Carlos Ossandon –con aparatos conceptuales de la filosofía y las perspectivas de la crítica literaria– sobre la sociedad chilena en la época de cambio de siglo y las primeras décadas del siglo XX<sup>111</sup>. Con todo, en los últimos años ha habido un creciente interés por el estudio de los soportes materiales, en especial las revistas, que circularon durante los años de dictadura, transición y democracia<sup>112</sup>.

<sup>108</sup> Una panorámica de la renovación de la historia intelectual latinoamericana después del giro lingüístico en: Mara Polgovsky, “La historia intelectual latinoamericana en la era del ‘giro lingüístico’”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], 2010. Disponible en: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.60207> [fecha de consulta: 25 de enero de 2021]. Para el posicionamiento de las revistas como objeto de estudio de la historia intelectual, véase Aimer Granados (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, intelectuales, política y sociedad*, México D.F., UAM-Cuajimalpa, 2012.

<sup>109</sup> Un acercamiento a estos temas en el Dossier de once textos que publicó *Prismas. Revista de historia intelectual*, “Libros, editoriales y ciencias sociales”, n.º 22, Buenos Aires, 2008, pp. 153-234. Otros tres relevantes trabajos que recogen el giro material son Roger Chartier, “De la historia del libro a la historia de la lectura”, en *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 13-40; Anthony Grafton, “La historia de las ideas. Preceptos y prácticas, 1950-2000”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, n.º 11, Buenos Aires, 2007, pp. 123-148; Robert Darnton, “¿Qué es la historia del libro?”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, n.º 12, Buenos Aires, 2008, pp. 135-156.

<sup>110</sup> En cambio, las revistas argentinas de los años sesenta (1955-1976) han concitado la atención de los historiadores y críticos literarios, y lo mismo ha ocurrido en Uruguay. Parte de la explicación habría que buscarla en el esfuerzo del CeDInCI por sistematizar la documentación y los archivos personales, los estudios pioneros de Oscar Terán y Carlos Altamirano sobre los intelectuales y el fenómeno peronista a través de revistas –y de manera indirecta, la búsqueda de respuestas en el pasado después de la dictadura en ese país–, así como la puesta en valor que varios investigadores han hecho en relación al auge de las revista culturales y políticas que emergieron en la Argentina entre 1955 y 1976. En Uruguay, la presencia incontestable del semanario *Marcha* y su continuidad durante largos años (1939-1974) es un factor de peso a considerar. Una mirada amplia sobre las revistas culturales en los años sesenta en Claudia Gilman, “Las revistas y los límites de lo decible: cartografía de una época”, en Saúl Sosnowski (ed.), *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*, Buenos Aires, Alianza, 1999, pp. 461-469, además de los textos de la nota al pie n.º 110.

<sup>111</sup> Un balance en Claudia Darrigrandi, “Revistas culturales: comunidades intelectuales, especialización y política”, en Jaksic y Gazmuri (eds.), *Historia política de Chile...*, op. cit., pp. 225-249.

<sup>112</sup> Por motivos de espacio solo nos remitimos a las investigaciones sobre el particular de las que hemos sido parte: Danny Monsálvez y Nicollet Gómez, “Chile-América, 1974-1983: una revista del exilio chileno”,

Dentro del reducido listado de autores que interpretan a las publicaciones periódicas de los años sesenta como objetos autónomos, las revistas son, como sucede en otros medios académicos, el soporte material más concurrido. Las publicaciones de Mario González merecen especial atención, ya que el arco temporal en el que se mueve es extenso en comparación con la temporalidad del resto de las investigaciones, lo cual le permite observar las transformaciones por las que atravesó el grupo de intelectuales que estudia –la intelectualidad de derecha, aunque también los historiadores estructuralistas sin filiación política– y las propias tensiones y características que agitaron a la revista<sup>113</sup>. González recurre a las revistas seleccionadas buscando localizar los puntos críticos, las discusiones –frontales o subterráneas–, la identificación de las ideas, los proyectos, los temas que circularon y la absorción por parte de las revistas de la coyuntura política nacional.

Tomados como conjunto, los tres artículos referidos de Mario González están, como dijimos, interconectados: necesitan de las conclusiones halladas por los otros artículos del autor, aspecto poco usual en las investigaciones sobre revistas, ya sean políticas o culturales, por lo común una suerte de minúsculos mundos autónomos. Al autor no le interesa pensar este tipo de publicaciones como artefactos atomizados, cerrados sobre sí mismos; su esfuerzo es una tentativa de caracterizar y analizar algo más amplio que la propia revista en cuestión: las revistas del campo historiográfico chileno del tercer cuarto del siglo XX o, en otras palabras, la red de revistas historiográficas. En consecuencia, las discusiones que Mario González considera son en esencia académicas, relativas a los procesos de especialización de la disciplina histórica. Ahora bien, el autor conecta estas discusiones académicas, y este es otro de los valores del conjunto de artículos que comentamos, con los contextos de debate y las eventuales significaciones políticas que acarrear. La idea de red de revistas o circuitos revisteriles que subyace en los artículos de Mario González la intentamos poner en escena en el capítulo cuatro de nuestra tesis de Magíster en Historia, capítulo titulado “La circulación de las ideas: trastienda y memoria de los circuitos editoriales”<sup>114</sup>. Este apartado integra los procedimientos del giro

---

en *Estudios*, n.º 39, Córdoba, enero-junio 2018, pp. 49-67; Danny Monsálvez y Javier González, “Política, prensa y oposición en el Chile de Pinochet: el caso de las revistas *Solidaridad*, *Análisis* y *Cauce*”, en *Estudios del ISHIR*, vol. 9, n.º 23, Rosario, 2019, pp. 1-19.

<sup>113</sup> Nos estamos refiriendo a tres artículos interconectados: Mario González, “Transitar por las revistas conservadoras en la década de los cincuenta y sesenta del siglo XX: Álvaro Jara, Rolando Mellafé y Sergio Villalobos en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* y la revista *Historia* de la Universidad Católica”, en *Sur y Tiempo. Revista de Historia de América*, n.º 1, Valparaíso, enero-junio 2020, pp. 20-46; Mario González, “Reseñando a la historiografía marxista. El caso de la revista *Historia* de la Universidad Católica, 1961-1970”, en *Izquierdas*, n.º 49, Santiago, agosto 2020, pp. 1281-1296; y Mario González, “Los estudios historiográficos en la Universidad Católica de Chile. Aproximación histórica a la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas y de la revista *Historia*, 1954-1970”, en *Cuadernos de Historia*, n.º 50, Santiago, junio 2019, pp. 75-102.

<sup>114</sup> Pedro Altamirano, *Las ciencias sociales itinerantes: intelectuales brasileños y argentinos en Santiago y Concepción (Chile, 1964-1973)*, tesis para optar al grado de Magíster en Historia, Concepción, Universidad de Concepción, 2021.

material, superando así la lógica de la exclusividad de las revistas como fuentes, y además integrando entrevistas para el estudio de la circulación de las ideas<sup>115</sup>.

Si el grado de avance sobre las revistas del campo historiográfico chileno es incipiente, similar es lo que ocurre con este tipo de publicaciones académicas de otros ámbitos, como el científico social. En su tesis de maestría, Maíra Nascimento escogió un conjunto de publicaciones periódicas que actuaron como red, en este caso vinculadas, entre otros temas, a las tensiones que se suscitaron entre cultura y política durante la Unidad Popular<sup>116</sup>. Maíra Nascimento muestra que alrededor de *Punto Final*, *La Quinta Rueda* y el semanario *Chile-Hoy* se articularon redes y conformaron comunidades intelectuales: *Chile-Hoy* es asociado a las ciencias sociales y el periodismo críticos; *Punto Final* como tribuna del pensamiento y las acciones revolucionarias latinoamericanas; y *La Quinta Rueda* como la red de periodistas, escritores y artistas en general, con una visión crítica, aunque de apoyo, a la política cultural del gobierno de Salvador Allende. Pese a las diferencias, Maíra Nascimento sostiene que estas revistas “fueron importantes espacios de sociabilidad intelectual en Chile durante los años de la Unidad Popular, además de constituirse como formas de actuación política de académicos, escritores, artistas, en fin, en la realidad del país”<sup>117</sup>.

En línea con Nascimento, Manuel Fernández, en un artículo de 2011, examina *Punto Final*. El autor se refiere a los procesos políticos que *Punto Final* transmitió en sus páginas desde 1965 a 1973, transmisión que la convertiría “en un núcleo de difusión de ideas políticas”, en una “comunidad” de intelectuales de izquierda constructores y difusores de un “imaginario revolucionario” para Chile y América Latina<sup>118</sup>. Sin embargo, es un artículo desigual en el tratamiento de los años y temas y su uso privilegia la condición de fuente no informativa de la realidad sociopolítica que hace *Punto Final*. Fuera del campo académico y artístico-cultural, hubo revistas de corte periodístico –como *Chile-Hoy*– y otras que manifestaban los intereses de determinados grupos, como los masones. Es lo que investigamos en un artículo en el que nos preguntamos cómo afectó a la Orden Masónica la fricción político-ideológica que sacudió al país entre 1970 y 1973<sup>119</sup>. A partir de la consulta de la *Revista Occidente* y *Revista Masónica* en dos coyunturas, la victoria del 4 de septiembre de 1970 y el 11 de septiembre de 1973, advertimos que la Orden Masónica no pudo sustraerse a las tensiones que suscitó el proyecto

---

<sup>115</sup> *Ibid.*

<sup>116</sup> Maíra Nascimento, *Cultura, intelectuales y política en la vía chilena al socialismo. Debates en las revistas Chile Hoy, La Quinta Rueda y Punto Final*, tesis para optar al grado de Magíster en Historia, Concepción, Universidad de Concepción, 2017.

<sup>117</sup> *Op. cit.*, p. 202.

<sup>118</sup> Manuel Fernández, “Los intelectuales de izquierda y la construcción de un imaginario revolucionario para Chile y América Latina. La revista *Punto Final* entre 1965-1973”, en *Tiempo Histórico*, n.º 2, Santiago, 2011, pp. 65-84.

<sup>119</sup> Danny Monsálvez, “La Masonería Chilena en un periodo de tensión: 1970 y 1973. ¿La otra cara de la fraternidad? Una mirada a través de sus revistas”, en *Revista Historia*, n.º 20, vol. 2, Concepción, julio-diciembre 2013, pp. 107-134.

de la vía chilena al socialismo, y que ambas publicaciones –sus editoriales– cambiaron la expectación y las demostraciones de respeto iniciales por la crítica y el ataque directo hacia el gobierno de Salvador Allende en el lapso final.

El artículo anterior está estructurado bajo una lógica recurrente en la bibliografía, que es ir a este tipo de publicaciones para capturar lo dicho sobre hechos coyunturales, en general, de orden político y polémico. Es este un modo de utilizar las revistas que goza de amplia difusión entre historiadores intelectuales y de lo político, como Ivette Lozoya y sus prospecciones en los *Boletines* del CESO y los del CEREN para adentrarse en los debates<sup>120</sup>. Similar es el uso de las revistas, atento de los hechos coyunturales, que el citado Mario Fernández hace en un artículo sobre la promoción del golpe militar en *Portada y Qué Pasa*, plataformas desde las que se habría librado una “lucha ideológica abierta” contra la Unidad Popular<sup>121</sup>. Por último, prestar atención a las características internas de una revista con relación a las representaciones de lo juvenil es lo que hace Carolina Fernández-Niño en un texto –con predominio descriptivo– acerca de *Ramona*<sup>122</sup>.

Distinto al abordaje coyuntural y al de tipo “red de revistas” es la perspectiva que adoptamos en una nueva publicación, concentrándonos en las potencialidades comunicativas de la revista estudiada, esto es, en las redes intelectuales que articula, los nombres que compromete y las ideas que pone en circulación<sup>123</sup>. En dicho texto tomamos *Economía y Administración*, de la ciudad de Concepción, e intentamos analizar el flujo de ideas económicas y sociales que a través de ella se habrían proyectado hacia los potenciales lectores entre 1964 y 1970, reconstruyendo los temas, las redes y colaboradores. Así, identificamos otras intelectualidades del ámbito científico social chileno, periféricas si se quiere, que colaboraron con la institucionalización de las ciencias sociales en Concepción, y, en consecuencia, con el proceso de institucionalización general, sobre todo en lo que respecta a la disciplina económica, renovando la bibliografía y los viejos referentes disciplinares, los aparatos teóricos y llevando adelante, en fin, proyectos como dicha revista.

<sup>120</sup> Lozoya y Moyano, “Intelectuales de izquierda...”, *op. cit.*; Lozoya, “Debates y tensiones...”, *op. cit.*

<sup>121</sup> Mario Fernández, “‘Un final wagneriano’: aproximación a la promoción del golpe de Estado de 1973 de las revistas *Portada y Qué Pasa*”, en *Izquierdas*, n.º 20, Santiago, septiembre 2014, pp. 143-158.

<sup>122</sup> Carolina Fernández-Niño, “Revista *Ramona* (1971-1973). ‘Una revista lola que tomará los temas políticos tangencialmente’”, en Rolando Álvarez y Manuel Loyola (eds.), *Un trébol de cuatro hojas. Las juventudes comunistas de Chile en el siglo XX*, Santiago, Ariadna, 2014, pp. 126-143.

<sup>123</sup> Pedro Altamirano, “Redes intelectuales y circulación de ideas económico-sociales en Concepción: una mirada a través de la revista ‘Economía y Administración’ (1964-1973)”, en Danny Monsálvez (ed.), *Universidad y Sociedad. Concepción, una ciudad en tiempos de guerra fría*, Concepción, Editorial Universidad de Concepción, 2021, pp. 71-91.

## COMENTARIOS FINALES

Tal como hemos señalado en este trabajo, la HICH ha ido experimentando en los últimos años un creciente interés por parte de investigadores e investigadoras vinculadas al campo de la disciplina histórica. En ese sentido, podemos señalar, sin temor a equívocos, que esta área de estudios constituye –como se ha dicho de otras especialidades historiográficas– un “campo en construcción” dotado de temáticas y problemáticas propias, construcción que se verifica en la incipiente red de historiadores e historiadoras dedicadas a su estudio, producción, fijación teórico-metodológica y esfuerzo reflexivo. Uno de los objetivos básicos de este escrito fue aportar en esta última dirección, a través de un estado del arte posible sobre los modos en que los historiadores e historiadoras intelectuales de Chile han encarado el periodo de los largos años sesenta.

Sin duda que en comparación con otros países, como México o Argentina, la producción sobre la historia intelectual en Chile ha sido menor; no obstante aquello, y como hemos dado cuenta en líneas anteriores, es posible apreciar valiosas contribuciones no solo de investigadores con una vasta experiencia, como el caso de Eduardo Devés o el fallecido Javier Pinedo, sino también de parte de investigadores emergentes y otros con una línea de trabajo que viene consolidándose, como es el caso de Ivette Lozoya, Germán Albuquerque o Claudia Darrigrandi, lo cual entendemos que confirmaría una de las tesis que estas páginas postulan: ya es posible hablar de varias líneas de trabajo o acentos en la práctica de la historia intelectual en Chile. A este respecto, para ilustrar la multiplicidad de perspectivas de historia intelectual que conviven en nuestro país, dividimos la producción historiográfica nacional en tres grandes campos, que a nuestro juicio son una muestra de su envergadura. Allí está lo relacionado con los intelectuales y sus redes; el pensamiento y la circulación de ideas; y por último las publicaciones periódicas en tanto objetos de indagación en sí mismos, como el mundo de las revistas. No se trata de ver estos tres campos de acción y producción de forma autónoma o separada una de otra. Si bien lo hemos hecho así para facilitar la exposición, de por sí cuantiosa y hasta cierto punto caótica, insistimos una vez más en que entre estas zonas existen y se dan relaciones, vínculos y diálogos, incluso con otras líneas historiográficas –y por cierto con otras disciplinas–, como por ejemplo la historia política, la historia social o la historia reciente.

En consecuencia, la historia intelectual, en sus diversas expresiones y manifestaciones, ha dado auspiciosas muestras de avance en los últimos años, pasando de ser una historia que concitó poco interés en sus inicios a un campo de producción del conocimiento en franca expansión, sobre todo aquel subgrupo de especialistas que se ha ocupado de los largos años sesenta. Este subgrupo, por ejemplo, insertó una perspectiva ya instalada como aporte decisivo, como lo es aquella que fricciona el nacionalismo metodológico en su interrogación sobre la década del sesenta; o cómo los intelectuales y las ideas, lejos de las abstracciones, tomaron formas políticas y sociales concretas en el devenir nacional. Con todo y pese a los invaluable aportes de este subgrupo de historia-

dores, el tratamiento de la década del sesenta ha sido desigual en cuanto al espacio y la cronología cubierta, centrándose en Santiago –o todavía peor: haciendo pasar por nacionales fenómenos más o menos puntuales del área metropolitana– y perdiendo de vista la primera mitad de los largos años sesenta: sus intelectuales, el mundo impreso y las ideas. A modo de simple juego comprobatorio, nótese, por ejemplo, que en el nombre de las investigaciones que componen la bibliografía de este artículo se emplea la expresión “Chile” y no “Santiago” –es llamativo que solo los extranjeros, como Aldo Marchesi o Fernanda Beigel, puntualicen este hecho–, perdiendo de vista por lo tanto la condición espacial que es requisito elemental de cualquier investigación histórica.

La diversificación de un campo de estudios suele anteceder o anticipar su consolidación. En ese sentido, los gestos historiográficos que advertimos en este artículo parecen augurar el origen de esta consolidación, consolidación en cualquier caso frágil debido a dos siempre riesgosos dilemas que los historiadores intelectuales tendremos que saber sortear: la dispersión y la cambiante dinámica de las modas académicas.